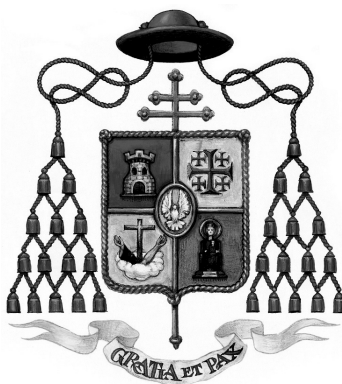


# BOAS

**OCTUBRE 2006 (II)**  
**TOMO CXLVII N° 2237**



Archidiócesis de Sevilla

**Redacción:**

Secretaría General. Oficina de Prensa

Tfno: 954 505 505, Ext. 755

E-mail: [oficprensa@archisevilla.org](mailto:oficprensa@archisevilla.org)

Archidiócesis de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

**Imprime:**

Alfecat Impresores

Tfno: 954 356 409

Depósito legal: SE-61-1958

---

**Normas de pago:**

\* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

\* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

# Cardenal Arzobispo

Carta Pastoral

## **QUE SEAN UNO PARA QUE EL MUNDO CREA**

**(1ª Parte)**

### **Carta pastoral con motivo de la Asamblea Diocesana de Laicos**

Aunque sois muchos y diferentes, todos habéis recibido el mismo y único Espíritu. Y si variados son los dones de Dios y las funciones que gracias a ellos se han de realizar, todo ha de hacerse pensando en el bien común, vivir lo más cerca posible de Cristo, oír su palabra y dar testimonio de que vive, nos acompaña y nos salva. Si muchas y grandes pueden ser las dificultades por las que atravesamos, mayor es la fuerza y la esperanza que se nos ha dado.

Hemos sido llamados en Jesucristo para formar una familia, un solo pueblo, una Iglesia a la que hemos de servir, cada uno con las gracias y cualidades que de Dios ha recibido. Una Iglesia, la comunidad de los que siguen a Cristo, que camina por este mundo entre las dificultades que ponemos los hombres y las gracias que Dios nos da. Una Iglesia que

“mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro” (Benedicto XVI, a los Cardenales 20-4-05).

En esta Iglesia, los obispos, los sacerdotes y los diáconos forman el clero, y son los encargados de servir con la palabra de Dios, los sacramentos y el ejercicio de la caridad. Para ello, reciben gracias particulares que no tiene el común de los fieles.

Otras personas han recibido una vocación particular de Dios, que les llama a dejarlo todo para seguir fielmente a Cristo, consagrando su vida, en formas diferentes, a la alabanza de Dios y al ejercicio la caridad fraterna. Son, estos fieles, los que forman la gran comunidad de la vida consagrada.

El grupo más numeroso es el que constituyen los fieles laicos, que han recibido el bautismo, igual que todos los que forman la Iglesia, y que están llamados a vivir identificados con Cristo y a dar testimonio del Señor, con obras y palabras, en medio de la sociedad en la que viven.

La variedad es grande, pues no sólo hay que hablar de características y situaciones personales diferentes, sino de los dones que se han recibido de Dios, además de la vocación a la que cada uno es llamado.

Pensemos en ese mosaico admirable que forma la Iglesia con los sacerdotes y los diáconos, las personas consagradas, los movimientos apostólicos, las comunidades y asociaciones de fieles, la vida y el testimonio cristiano. Todos hemos sido llamados a evangelizar y a dar testimonio de Cristo. Pero Él ha puesto una condición de eficacia: si queremos que el mundo crea, tenemos que mantenernos unidos. Esta fue la oración al Padre: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17,21).

Esta carta pastoral quiere ser una invitación a participar activamente en la Asamblea diocesana de laicos, que ya hemos puesto en marcha, y que fue anunciada solemnemente a toda la diócesis en la Vigilia de la pasada solemnidad de Pentecostés.

Deseo recordar y animar, a los fieles laicos de nuestra diócesis, a asumir su propia vocación como miembros plenos de la Iglesia, y participar en esa ineludible misión de vivir y anunciar lo que se ha visto hacer y decir a Jesucristo. Y todo para que el mundo crea.

Quiero, también, que esta carta sirva, en alguna manera, de "directorio" para preparar la Asamblea diocesana de laicos. A ello se debe, tanto la necesaria extensión de la carta, como la incorporación de algunas ideas provenientes de otros escritos pastorales, que me parece oportuno recordar de nuevo.

Gracias a Dios, contamos con documentos importantes sobre la vida y misión de los laicos en la Iglesia, y que será oportuno tener cerca en este tiempo de preparación y celebración de la Asamblea. De forma particular, quiero recordar los siguientes:

- Lumen gentium (LG), Constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia (1964).
- Gaudium et spes (GS), Constitución pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual (1965).
- Apostolicam actuositatem (AA). Decreto del Vaticano II sobre el apostolado de los seglares (1965).
- Evangelii Nuntiandi (EN), Exhortación apostólica de Pablo VI (1975).
- Christifideles laici (ChL). Exhortación postsinodal de Juan Pablo II sobre la vida y misión de los laicos en el mundo y en el momento actual (1998).
- Testigos del Dios vivo. La misión evangelizadora de la Iglesia y la identidad de la comunidad eclesial dentro del conjunto de la sociedad. Conferencia episcopal española (1985).
- Católicos en la vida pública. Presencia e intervención de los cristianos en la vida social. Conferencia episcopal española (1986).
- Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo (CLIM). Líneas de acción propuestas para promover la corresponsabilidad y participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil. Conferencia episcopal española (1991).
- Testigos de la esperanza. Congreso Nacional de Apostolado Seglar (2004).

- Los laicos y su participación corresponsable en la Iglesia diocesana. Documento del Sínodo Hispalense (1973).
- Los seglares en la vida de nuestra Iglesia. Carta pastoral del Arzobispo de Sevilla (1985).

El Código de Derecho Canónico, el Catecismo de la Iglesia Católica y el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, son otros textos y documentos esenciales para conocer el papel y el lugar del laico en la Iglesia y en el mundo.

Tenemos, pues, un magisterio abundante para iluminar nuestras reflexiones. Así que bebamos el agua de nuestro propio pozo, y no pretendamos dar otro pan sino aquel del que Dios mismo nos alimenta. Son buenos consejos de nuestros santos maestros, que nos recuerdan que el agua y el pan de nuestra mesa no pueden ser otros que los que nos ofrece la misma Iglesia.

Se constata, con gozo y esperanza, cierto despertar de la conciencia sobre la responsabilidad de los fieles en la Iglesia, la integración en la vida parroquial, el deseo de formación y la valoración de la espiritualidad seglar. En la actualidad son muchos los movimientos, asociaciones y comunidades que desean responder, siempre desde el Evangelio, a las múltiples exigencias pastorales del mundo y de los hombres de hoy. Cada movimiento o asociación tiene su finalidad, sus objetivos concretos. Unos a otros se complementan y ayudan mutuamente y se ofrecen colaboración. Todos están en la Iglesia, sirven a la Iglesia, persiguen idénticos ideales de santificación personal y anuncio del Evangelio. Cada uno tiene su carisma, su estilo y sus métodos de evangelizar. Unos y otros son complementarios. Todos colaboran en la misma y única misión de la Iglesia.

Una especial referencia a nuestras laicas, al trabajo que muchas mujeres de forma desapercibida y constante realizan en la Iglesia es hoy por hoy una tarea no sólo necesaria sino difícil de sustituir, son "protagonistas en primera línea" (ChL 49). Por ello, es necesario pasar del reconocimiento teórico de la dignidad y responsabilidad de la mujer en la Iglesia, al reconocimiento práctico (CLIM 34, ChL 51). Buscaremos las maneras para conseguirlo en nuestras comunidades eclesiales. Estas están animadas ya por la participación de numerosas mujeres

en tantos servicios, por ello, es conveniente promover su participación plena, sin discriminación, en los cauces de corresponsabilidad, en las consultas y tomas de decisiones, confiándoles asimismo todas aquellas tareas posibles de acuerdo con las normas canónicas vigentes (ChL 23). Benedicto XVI acaba de decir que "las mismas mujeres, con su empuje y su fuerza, con su superioridad, con aquella que definiría su "potencia espiritual", sabrán hacerse espacio. Y nosotros deberemos intentar ponernos a la escucha de Dios, para que no seamos nosotros a impedirlo, es más nos alegramos de que el elemento femenino obtenga en la Iglesia el pleno lugar de eficacia que conviene, comenzando por la Madre de Dios y de María Magdalena" (A la radio y televisión alemanas 13-8-06).

Contamos con seglares bien formados en el campo de la teología, de la cultura, de la presencia social de la Iglesia. Sin embargo, nos parece que los laicos no han asumido todavía, al menos en el nivel deseado, el papel que les corresponde como cristianos en la Iglesia y la sociedad. A lo más se limitan a una actividad dentro de la misma Iglesia o a la participación en campañas puntuales.

También puede ser que los sacerdotes no dejen el suficiente espacio para una participación consciente y responsable del seglar en la vida y misión de la Iglesia. A ello hay que unir la falta de consiliarios, el recelo recíproco hacia algunas asociaciones y movimientos y la apatía e indiferencia ante el compromiso apostólico.

Con alguna frecuencia oímos de nuestros seglares las mismas palabras que relata Jesús en la parábola de los jornaleros: Estamos aquí con los brazos cruzados porque nadie nos ha llamado a trabajar en la viña. Porque aún no hemos recibido la misión, el envío; nadie nos ha invitado a trabajar en la Iglesia.

Quiero, pues, en esta carta que os dirijo a vosotros, los seglares de la Iglesia de Sevilla, invitaros a trabajar en el campo del reino de Dios, asumiendo vuestra propia responsabilidad de laicos en la Iglesia, siendo los primeros encargados de transformar las realidades temporales con el testimonio práctico de la fe que habéis recibido en el bautismo.

**I**

## **ASAMBLEA DIOCESANA DE LAICOS**

Si muy amplio y heterogéneo es el campo donde tenemos que trabajar, no son menos los enormes retos que debe afrontar la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, grande y entusiasmado ha de ser el empeño de todos para asumir nuestra responsabilidad como bautizados, y seguir con gozo la llamada de Cristo a trabajar en la viña y rebaño que Él cuida.

Teniendo en cuenta todo esto, queremos reunirnos para leer juntos el Evangelio, prestar atención al magisterio de la Iglesia, acercarnos a la realidad de este mundo, y poner allí el mensaje de Cristo como levadura que transforma la masa y la convierte en Reino de Dios.

Si hemos tenido nuestra Asamblea Diocesana del Clero, con sus trabajos, reflexiones y conclusiones, queremos ahora convocar a todos los laicos y laicas de la diócesis a participar activamente en este proceso de oración y reflexión, de sensibilización con la vocación cristiana laical, de elaboración de propuestas para un futuro programa de acciones pastorales. Todo ello impulsados y dóciles al Espíritu. Así queremos que sea nuestra Asamblea Diocesana de Laicos.

### **1.1. QUE SEAN UNO PARA QUE EL MUNDO CREA**

Siguiendo el esquema propuesto por el Plan Pastoral Diocesano 2004-2008, comprometiéndonos con las palabras de Jesús al Padre "que sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado" (Jn 17, 21), y fieles al objetivo prioritario del tercer año: "promover la formación de los laicos, animando su corresponsabilidad y compromiso en la Iglesia y en el mundo" y preparar y celebrar la Asamblea diocesana de laicos.

La finalidad de esta Asamblea es la de hacer una reflexión del papel y de la misión del laicado en la diócesis de Sevilla, de tal forma, que al profundizar "acerca del laico que necesita nuestra Iglesia", respondamos de forma adecuada al momento actual desde nuestra Iglesia y en nuestra sociedad, al hilo de las conclusiones del Congreso Nacional de Apostolado Seglar: "Testigos de la esperanza" (Madrid 2004).



## **Protagonista: el Pueblo de Dios**

Queremos acercarnos, de la mejor manera posible, a los que debe ser el perfil y la misión del laico en esta Iglesia de Sevilla al inicio del nuevo siglo, y al hacerlo, ser capaces de promover en la diócesis un proceso de formación polivalente, gradual e integral para todo el Pueblo de Dios, teniendo en cuenta nuestra realidad histórica, cultural, económica y social.

La Asamblea, enmarcada en el Plan Pastoral Diocesano, necesita del protagonismo de todo el Pueblo de Dios, los sacerdotes y diáconos permanentes, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, los miembros de las Movimientos y Asociaciones Laicales, los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades, los miembros de las Hermandades y Cofradías, así como, de todos los hombres y mujeres de buena voluntad que buscan a Dios con sincero corazón y aquellos que quieran trabajar por el bien común de nuestra sociedad. De ahí que la participación, aportaciones y sugerencias de todos sean de gran valor en el desarrollo de la Asamblea, ya que a todos nos interesa y necesitamos saber qué piensan de nuestras comunidades y cómo podemos establecer tareas comunes que a todos beneficie, como se subraya en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010.

## **Asamblea diocesana**

La Asamblea es una acción diocesana que tiene como objetivo el afianzamiento de una comunidad responsable. La sociedad nos demanda que estemos abiertos y seamos diligentes. Hemos de hacer de la realidad que nos envuelve un medio eficaz para que "el conocimiento de Dios llene la tierra" (Is 11,9), promoviendo en todos y para todos el mandamiento de amor, que nos lleve a "ser casa y escuela de comunión". Ello debe ayudarnos a fortalecer nuestros compromisos, potenciar nuestras vivencias y abrir grandes avenidas por donde la Palabra de Dios se haga presente en el mundo de hoy, y comprometa a la sociedad futura.

No se trata de complicar la Agenda Pastoral Diocesana. Ni de hacer más cosas, al contrario debemos simplificar nuestras tareas, persiguiendo todos los mismos objetivos y metas, cada uno desde su quehacer. Es invitación a trabajar desde la creatividad, desde la ilusión y la esperanza. Ver lo que hacemos, e inspirados por el Espíritu Santo, caminar hacia el futuro, hacia la Nueva Jerusalén. Es llamada a la participación de toda la Iglesia de Sevilla en las tareas que se nos muestren esenciales. Es abrir un proceso que necesita una decidida apuesta de todos los que formamos la Iglesia de Sevilla y de cuantos nos quieran ayudar. "Porque evangelizar no es gloria para mí, sino un deber. Ay de mí si no evangelizara" (1 Cor 9,16 ).

### **De laicos y para laicos**

En forma alguna pretende la Asamblea dar la palabra a los laicos, simplemente porque es suya, porque la han recibido en el bautismo con la gracia de ser cristianos. El Espíritu de Dios está con ellos, si bien han de tener siempre en cuenta la conocida expresión de san Agustín: nosotros somos la voz, pero solamente él, Cristo, es la Palabra, la Verdad y la Vida.

Lo que sí hay que tener en cuenta es que, aunque todos sean seculares, sin embargo el laicado no es una realidad uniforme. Unos están asociados, otros no. Algunos tienen ya importantes puestos de responsabilidad en la vida la Iglesia. Otros viven una consagración especial dentro de las distintas instituciones... Valga lo mismo para el laicado asociado en movimientos, comunidades y grupos distintos.

Queremos con interés que aquellos bautizados no asociados, que asisten ordinariamente a nuestras celebraciones y de alguna forma participan en la vida de la parroquia, del colegio, del centro asistencial o social, se sientan también llamados a participar en esta Asamblea. De todos depende buscar las formas, los estilos, las oportunidades para llevar la Asamblea y sus reflexiones a estos laicos, a todos los laicos.

Que sea una Asamblea de laicos y para laicos, no quiere decir que se excluya a los sacerdotes y a los diáconos, a los religiosos y religiosas. Al contrario, éstos han de asumir responsablemente su

oficio de acompañamiento y de animación, aparte del ministerio de santificación. En suma, es una Asamblea para toda la Iglesia de Sevilla que como Cuerpo de Cristo, celebra, reflexiona, santifica, y abierta al mundo muestra lo mejor que tiene: Jesucristo vivo y presente en nuestra realidad social y cultural.

## **1.2. UN ITINERARIO PARA LA MISIÓN**

Las distintas fases por las que va a pasar la Asamblea, ya nos indican que no se trata de un encuentro, una celebración puntual en un día y acto determinado. Es un proceso, un itinerario, el desarrollo de un proyecto en el que se va a unir el encuentro, la formación, la participación y la celebración y que se ha de conectar con las futuras iniciativas y trabajos que se propongan.

### **Fases de un proyecto**

Hemos querido recorrer este proceso de vida a través de diversas fases, que han de ayudar a todos a profundizar en esta tarea esencial a la que nos vamos a dedicar como establece la tercera línea de acción de nuestro Plan Pastoral.

Fase previa (marzo-junio 2006): Constitución de una Comisión preparatoria, diversas reuniones con los estamentos diocesanos para presentar un Documento base.

Fase de anuncio e implementación (junio-septiembre 2006): Anuncio de la Asamblea, se constituyen los órganos de la Asamblea y se preparan los documentos de trabajo de la misma.

Fase primera (octubre 2006-mayo 2007): Se comenzará el trabajo a través de las distintas unidades de acción pastoral de la diócesis. Con las Asambleas de Zona comenzarán en las distintas Vicarías los trabajos. Se iniciarán y renovarán distintas iniciativas de comunicación para una pastoral más global. Se celebrarán la Jornada sobre el Laicado (2 de diciembre 2006) y los Encuentros en la Vicarías de Zona (17 de febrero de 2007).

Fase segunda (mayo-junio 2007): Celebración puntual de la Asamblea con un Encuentro festivo y testimonial.

Hemos de tener bien claro y presente, en todo el proceso de desarrollo de nuestra Asamblea de laicos, el propósito que se pretende alcanzar, y que no es otro que el de subrayar la misión del seglar cristiano como apóstol que habla y actúa en el mundo según lo que ha visto y oído de Cristo. No se trata de hacer un análisis de la situación, aunque también en alguna forma tendrá que realizarse, sino de animar a asumir la propia identidad y misión como seglares cristianos.

Si se tiene bien claro y presente este objetivo, se evitará la dispersión y se aprovechará mejor el tiempo de que disponemos. Por otra parte, la consecución de este objetivo prioritario, no terminará con celebración puntual de la Asamblea, sino que ha de ser tarea permanente de la Iglesia.

### **1.3. CON LA AYUDA DE LOS MAESTROS**

Vamos a contar, para nuestro trabajo con dos inestimables maestros: los retos que se presentan actualmente a nuestra responsabilidad como cristianos, y aquellas líneas de orientación que nos ofrece el Plan Pastoral diocesano (2004-2008) y el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (2006-2010).

#### **Los retos del momento**

No se pueden olvidar las no pocas dificultades que encontramos actualmente en nuestra acción pastoral, así como tampoco se pueden soslayar los grandes desafíos a la misma evangelización. Entre otros retos, subrayamos los siguientes:

- Reto de Dios. Ante los desafíos pastorales que nos presenta el secularismo, no podemos responder con simples palabras acomodaticias, ni la ausencia de Dios pretendamos llenarla con algo que no sea Dios. Al reto del ateísmo o del agnosticismo solamente puede responder el testimonio creíble y confesante de la fe en Dios. En un mundo en el que se ignora o se desprecia a Dios, solamente cabe el lenguaje transparente, sincero, religioso y testimonial de Dios, que ponga al hombre cerca de Dios, que haga ver a Dios.

– Reto de la contracultura. Necesitamos acciones evangelizadoras que den respuesta a los planteamientos, a los desafíos de la contracultura actual. Una actitud abierta a los valores de la cultura contemporánea no implica un acatamiento incuestionable, sino discernimiento crítico. Porque dialogar con la cultura actual no consiste en una mera acomodación externa a las formas y lenguaje en uso, sino que es una transformación interior en la que se siente implicado el individuo y le lleva a una participación activa en la sociedad. Esa participación es, para nosotros, exigencia de evangelización permanente.

– Un testimonio abiertamente confesante de la fe en Jesucristo, como revelación del Padre, será la mejor respuesta al desafío de la contracultura del agnosticismo. Igual que la aceptación y la valoración del hombre en su personalidad total, con la proclamación y el respeto a su libertad personal y su derecho a vivir como hombre, constituyen la mejor respuesta cristiana a la subcultura del fatalismo, del hedonismo y de la idolatría materialista.

– Recibir con gratitud aquello que se nos ha dado. Posibilidad de poder servir a nuestros hermanos y de manifestar en ellos el amor que tenemos al mismo Cristo. Poder compartir con generosidad lo que se tiene y dar a conocer la insondable riqueza del amor de Jesucristo.

– Pedir confiadamente lo que necesitamos. La gracia de Dios, para poder caminar siempre en fidelidad a su voluntad, y los recursos que se requieren para atender a los necesitados. El amor no lo pueden dar las cosas, sino las personas.

## **Nuestro Plan Pastoral Diocesano**

Nuestro plan pastoral no puede tener otro objetivo que no sea el de evangelizar. Es decir: "llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad (EN 18).

Para realizar tan importante trabajo, hemos de emprender aquellas acciones con las que llevemos a cabo el misterio profético de evangelizar con la palabra, con la catequesis, con el estudio y la reflexión teológica; con todo lo que se refiere a la vida sacramental, en la que celebramos la muerte y resurrección de Cristo; con la caridad fraterna, que es forma de vida y compromiso de ayuda a los demás. Y la misión, como obligación de anunciar y compartir con todas las gentes la vida de Jesucristo que hemos recibido.

Dentro de todas esas acciones y ministerios, habrá algunos que pueden ser más urgentes y necesarios; unos grupos de personas que requerirán particular atención; proyectos a los que se debe prestar un cuidado preferente. Este subrayar ministerios y acciones es lo que constituye nuestro plan pastoral. Es decir, que dentro de todo el conjunto de la acción evangelizadora y pastoral, queremos prestar una particular atención a unos asuntos, a unos sectores, a unas personas.

Líneas de acción, de nuestro Plan pastoral (2004-2008), son las siguientes: 1) Acrecentar nuestra vida eclesial, fortaleciendo la comunión para la misión y dando respuesta con la caridad cristiana al desafío de la pobreza. 2) Arraigar la vida comunitaria en la vida sacramental y en la oración. 3) Optar decididamente por la formación del laicado en nuestras parroquias, movimientos y asociaciones. 4) Primacía de la evangelización.

La Conferencia Episcopal Española ha presentado su Plan Pastoral (2006-2010): "Yo soy el pan de vida" (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía. Tres son los objetivos que se proponen: Del misterio de la fe a la transmisión de la fe. De la celebración de la Eucaristía a la vivencia de la esperanza. De la comunión eucarística al servicio de la caridad.

### **Con fortaleza y esperanza**

Queremos llevar fortaleza en nuestros convencimientos y un gran respeto a la forma de vivir y de pensar de los demás. Este debe ser el estilo de la Asamblea.

Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como más importantes y ayudándoles siempre. Este es el ejemplo que aprendimos de Cristo, que nos recuerda San Pablo. (Fip 2, 3).

En vuestra oración, preguntad a Dios acerca de cuál sea lo que más agrada a su voluntad. Ciertamente que no será el mal, la presunción y el orgullo. Por el contrario, siempre es grato a Dios el perdón, la misericordia y la paz. Más que vuestro gusto y propio interés, pensad en lo que es grato a los ojos de Dios.

Este es nuestro estilo y camino. El que hemos aprendido de nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María. No queremos tener otros modelos de comportamiento, ni otros criterios que no sean los que en su ejemplo y palabra hemos aprendido.

Habrá que pedir al Espíritu el don de la fortaleza, que es de fidelidad y constancia en el mantenimiento de la llamada del Señor para trabajar en la misión de la Iglesia. Y si en algún momento llega al cansancio y la desilusión, al parecerle a uno que no se alcanzan los objetivos deseados, tened en cuenta que este encuentro-asamblea tiene ya un valor de comunicación e intercambio, de animación recíproca y de celebración. Además, cuando nos reunimos en el nombre de Jesús, Él está a nuestro lado.

## II

### **IDENTIDAD APOSTÓLICA**

El cristiano, en razón de su bautismo, no es un simple número más en la lista de quienes componen la Iglesia Católica, sino que estar bautizado implica un comportamiento leal y consecuente con la fe que se ha recibido y del Evangelio como forma de vida. Por tanto, el dar testimonio, claro y convincente, de la propia fe es un deber que arranca de la misma pertenencia a la comunidad de los seguidores de Jesucristo. También es un derecho, pues quien está convencido de la verdad, ha de tener la libertad necesaria para poder vivir en conformidad a ella, tanto en al intimidad de los privado como en el testimonio público.

Cada día es mayor el número de cristianos que son conscientes de la obligación de guardar con fidelidad y de transmitir a los demás el mensaje de salvación que han recibido. Es decir, que son muchos los que están trabajando en ese campo de la viña del Señor, pero individualmente o en multitud de pequeños grupos. Se echa de menos una acción más global, más organizada, más unida.

Debe pasar definitivamente el tiempo para esa mentalidad privaticista, que considera, todo lo referente a la fe y al comportamiento cristiano, como algo individual y que ha de quedar en la intimidad de cada uno. Es querer, a toda costa, vivir la fe en el anonimato, sin práctica ni testimonio, por miedo a recibir el rechazo, la burla o la marginación social que puede acarrear el ser cristiano y vivir como tal.

La identidad, la razón de ser y de actuar como apóstol de Jesucristo, nace de la misma vocación cristiana del bautismo. Por tanto, si bautizado, también misionero, anunciador de Jesucristo. Las formas de hacerlo pueden ser diferentes, la misión igual para todos: dar a conocer a Jesucristo y poner el Evangelio en todas las realidades en las que viven los hombres.

El Evangelio de Jesucristo, palabra y comportamiento, no va a dejar indiferente a la persona. Esa doctrina y ese ejemplo de Jesucristo provocan una transformación de mentalidad y de vida. Y no solo en los individuos, sino también en la sociedad. Buena prueba de ello es todo el cambio que se fue realizando en la historia con la llegada del cristianismo.

## **2.1. UN TIEMPO DE GRACIA PARA LOS SEGLARES**

Desde hace tiempo, parece que se está abriendo camino una cultura que quiere caracterizarse por un mayor desarrollo de la responsabilidad y el convencimiento de lo que significa y a lo que obliga la dignidad humana. Una cultura que reconoce la tensión interior que llama a lo trascendente, la necesidad del testimonio confesante de la fe, el permanente diálogo y presencia en todas las realidades en las que se mueven los hombres, el ofrecimiento convencido y sincero, por parte del creyente, de las razones y esperanzas en las que apoya la vida, del servicio comprometido y solidario a los demás, de la valoración del hombre por encima de las cosas...



## **Momento importante**

La Iglesia quiere responder, con los movimientos laicales, a esa situación en la que, detrás del valor simplemente cultural, hay un misterio irrepitiblemente nuevo: el de la presencia y la acción del Espíritu de Dios. Entre muchos problemas, dificultades y angustias, el camino no puede ser otro que el de la esperanza. Los seglares cristianos tiene una oportunidad providencial. Por nuestra parte, en el clero y en los dirigentes seglares, estará el compromiso y la responsabilidad de saber orientarlos en el sentido que exige la comunión y la misión en la Iglesia.

Con alguna frecuencia, suelen presentarse resultados de sondeos y encuestas realizados acerca de las creencias, la práctica religiosa, la vinculación y pertenencia a la Iglesia. Todo ello se hace con alarde de números y ofrecimiento de garantía estadística. Esos datos ayudan, y pueden orientar nuestras acciones, pero la Iglesia, más que a los números, mira las personas y tiene en cuenta el diálogo de Abrahán con Dios acerca de la misericordia y el perdón: por un solo justo, Dios perdonaría a todo el pueblo. Son otras cuentas, en definitiva, las que se hacen en el Reino de Dios.

La situación del mundo y la invitación de la Iglesia a una acción evangelizadora hacen por demás oportuna la acción seglar. Se necesitan auténticos seglares comprometidos en el anuncio del Evangelio, que sepan responder con su fe a los enormes desafíos que presenta una sociedad donde no privan precisamente los grandes valores morales, ni una visión trascendente de la vida. Si se ha recibido el mandato misionero, id por todo el mundo anunciando el nombre y la salvación en Jesucristo, hay también un derecho de fidelidad: poder vivir y comunicar a los demás las insondables riquezas del conocimiento y del amor de Cristo.

Cuando se habla de que el mundo es cada día menos cristiano, no se piensa en el número de los que componen la lista de los bautizados en la Iglesia, sino del reconocimiento práctico de Jesucristo en obras y en palabras. Por otro lado, se sospecha que la Iglesia, clérigos y seglares, jerarquía y militantes, no hacen resonar la voz de Cristo. No se oye el mensaje, la palabra de la Iglesia, ante los grandes problemas de la humanidad. Esta opinión no es muy exacta. La voz y el mensaje

de la Iglesia se difunde constantemente. Otra cosa distinta es que se le preste atención. Aquí es donde puede estar la misión del cristiano: ayudar a que se oiga ese mensaje.

Un tiempo de gracia especialmente para los seglares, pues la Iglesia está siempre atenta a los signos de los tiempos, actualizándose continuamente, formando a sus miembros para que puedan dar adecuada respuesta, desde el Evangelio, a las interpelaciones de la realidad de cada día.

### **El Espíritu Santo nos acompaña**

Cristo envía el Espíritu Santo prometido. Y la Iglesia comienza su andadura evangelizadora. Siempre animada por ese Espíritu que le da a la Iglesia carismas y ministerios distintos. Todo para realizar una misión común: hacer presente la fuerza liberadora de la buena noticia de Jesucristo. Para vivir la responsabilidad de ser testigo de Jesucristo en medio del mundo, y de contribuir a esa ansiada "civilización del amor", de la justicia y de la paz.

Es el Espíritu Santo quien suscita, en cada momento, aquello que la Iglesia necesita. En este tiempo ha querido que el apostolado seglar tomara, no solo un impulso nuevo, sino también un estilo más adecuado conforme a lo que el Concilio y el magisterio pontificio desea para los seglares y su misión en la Iglesia y en el mundo.

Nada es imposible con la gracia del Espíritu Santo. Con ese impulso y esa luz del Espíritu habrá que poner en marcha toda una campaña de presentación de este renovado apostolado seglar. Ofrecer información, deshacer prejuicios, animar a la participación, ir formando los diversos movimientos. Es un trabajo que tenemos que realizar sin demora.

Con el Espíritu Santo prometido por Jesús, llega el momento de la Iglesia, de la comunidad de los que había reunido el Señor resucitado. De los discípulos de entonces y de la humanidad entera que ha sido llamada a la salvación en Jesucristo. Con la efusión del Espíritu, y para que pudiera realizar su misión, la Iglesia recibe, dones, carismas, funciones y ministerios. Todo, siempre, para el bien de esa misma comunidad universal y sin frontera alguna.

Todos cuantos componen el pueblo de Dios han recibido, por el bautismo, la misión de ser apóstoles de Jesucristo. Es una consecuencia de la fe recibida. Sin embargo, la Iglesia siempre ha promovido asociaciones seculares especialmente dedicadas al apostolado.

El apostolado seglar, el compromiso con la evangelización del mundo, no es una actividad para privilegiados, ni un adorno para elegidos, sino obligación de responsabilidad individual y comunitaria de todos los que han sido llamados a trabajar en la viña del Señor. A cada uno el Señor le invita en su situación personal, pero siempre para contribuir a que todos los hombres y mujeres del mundo lleguen al conocimiento de la verdad al encuentro con Dios en Jesucristo.

### **En la misión de la Iglesia**

Es en el campo de este mundo donde se debe sembrar. Pero llevando a cabo la misión de la Iglesia. Así es como se debe hacer. Pues solamente Cristo es el propietario del Evangelio. Como bautizados, en Él nos hemos unido y con Él evangelizamos.

La mayor parte de la comunidad cristiana está formada por laicos, por personas seculares. A todos, sin excepción, incumbe la obligación de anunciar a Jesucristo, de evangelizar, de ser apóstoles. Y de hacerlo en la sociedad concreta en la que se vive, muchas veces ajena a cualquier referencia a Dios, a lo trascendente, a lo moral, a lo cristiano. Hay amplios sectores sumidos en el letargo de la indiferencia. Pero, se debe reconocer que subsisten unos valores que acompañan a las personas y desde los que se puede tender un puente hacia lo religioso.

Existe un serio y positivo interés por cuanto se refiere a la evangelización. Es decir, por hacer presente la doctrina y la vida de Cristo en medio de los más distintos ambientes de este mundo. La Iglesia tiene el cometido de predicar el Evangelio de Jesucristo. Esto es evangelizar. Pero resulta completamente impensable suponer que se puede hablar explícitamente de Jesucristo, el hijo de Dios, y no ofrecer una conducta, un testimonio coherente con aquello que se está proclamando con las palabras.

Con frecuencia, ni los laicos asumen completamente su responsabilidad evangelizadora, considerándose únicamente como colaboradores del obispo o del sacerdote, ni éstos aceptan de buen grado la autonomía de los seglares.

La misión es de la Iglesia. Y es la misma Iglesia la que la lleva a cabo por medio de sus bautizados; la que encarga a cada uno las funciones y ministerios que deben desempeñar, conforme a los carismas que han recibido.

Ocurre, también, que son los mismos seglares los que no siempre aceptan de buen grado que sean otros seglares quienes los evangelicen. Quieren que sean los clérigos.

Si todos somos Iglesia, a todos nos corresponde dar y recibir. La diversidad de funciones hace brillar más la misma unidad de la Iglesia en esa explícita misión de hablar y vivir, sin ambigüedades, conforme la doctrina de Jesucristo, y de la que la única depositaria es la Iglesia.

El seglar no solo debe sentirse miembro de pleno derecho de la Iglesia, sino responsable de participar en su misión evangelizadora.

## **Un tiempo nuevo**

El apostolado seglar asume la fuerza que llega del Espíritu, que llama a construir el reino de Dios. El primer objetivo no puede ser otro que la evangelización. Buscar a Jesucristo y hacer presente su vida, su mensaje, su Evangelio en medio de cualquier situación en la que se encuentren los hombres y mujeres de este mundo. Este es cometido imprescindible en la vocación de cualquier cristiano, pero, como laicos, unen a esa vocación general de toda la Iglesia, la particularidad de su protagonismo seglar. Primacía de lo secular, que no solo no aparta de la Iglesia, sino que hace resaltar más la generosa diversidad de los dones del Espíritu en la comunión de una misma fe.

No podemos ignorar que son muchas y graves las pruebas a las que la Iglesia está continuamente sometida. Desafíos y provocaciones que nos llegan desde la misma realidad de la situación en la que viven los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y en el lugar concreto en el

que se vive. La secularización de la vida y de las costumbres, lleva a vivir como si Dios no existiera. Ni se tiene en cuenta la ley del Señor, ni se hace referencia alguna a la trascendencia y al destino final de todo, que es el mismo Dios. El materialismo, en formas muy variadas y seductoras, hace que el bienestar individual se ponga por encima de cualquier otro valor. El egoísmo mata la iniciativa para la solidaridad y conduce a la indiferencia ante el dolor o la carencia de los demás.

Se necesita una actitud abierta y llena de esperanza. Nada es imposible con la gracia del Espíritu Santo. Un tiempo de gracia es el que vivimos. Y tiempo favorable especialmente para los seglares, para el cristiano comprometido con su fe que quiere formarse adecuadamente para responder, desde el Evangelio, a las interpelaciones de la realidad de nuestros días.

En este tiempo nuevo, el nacido en la historia con la resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo, el cristiano quiere buscar el Reino de Dios, ocuparse de las realidades temporales, ordenarlas según la voluntad del único Señor. Así queda definida la vocación eclesial del seglar. Siempre la primacía es de Dios y del Reino que Jesucristo que se nos anuncia y promete en las bienaventuranzas. Con esta luz del Evangelio, en la mente y en el corazón, habrá que llegar allí donde están las ideas y el trabajo, la familia, el barrio, la educación, la cultura, los compromisos sociales, la solidaridad... Y poner en todo el mensaje de Cristo. Sin imposiciones obligadas y contundentes, pero con la fuerza de un amor convencido e identificado con Jesucristo. La Iglesia existe para evangelizar. Los seglares, no quieren ser otra cosa que un movimiento de la Iglesia, un movimiento evangelizador.

### **Ser testigos de Jesucristo**

Esta invitación a vivir consciente, activa y responsablemente en la Iglesia y a participar en su misión evangelizadora, no proviene originariamente de una súplica, ni de un favor que se pide, sino que dimana de la misma pertenencia a la comunidad de los que han manifestado su adhesión a Dios y quieren vivir conforme al Evangelio. Quien ha conocido a Jesucristo, se siente en la grata e ineludible obligación de ser testigo, de manifestar ante el mundo, con señales inequívocas, el camino de la salvación en Dios. Pues los cristianos,

la Iglesia, no vivimos sólo para nosotros mismos, sino para llevar la buena noticia de Jesucristo a todos los hombres, sintiendo predilección por los más alejados, los más débiles, los más indefensos, los más necesitados.

La participación, pues, de los seglares en la vida y en la misión de la Iglesia no es benévola concesión que se os hace, sino reconocimiento del derecho que les asiste como bautizados y como exigencia del propio deber como creyentes en Jesucristo, que no vino a este mundo para ser servido, sino para dar la vida por todos.

Una llamada imperiosa y urgente a la participación apostólica del seglar que nos llega de la misma situación actual de la sociedad. Sin caer en la tentación de la nostalgia, ni en la de predecir catástrofes inevitables, hemos de reconocer que se ha adueñado de muchos católicos un generalizado sentimiento de frustración y desánimo ante el crecimiento de la irreligiosidad, por la incoherencia entre la fe y la vida de quienes se llaman creyentes, la ausencia de lo cristiano en la vida pública, y la falta de responsabilidad y de acción eficaz en el terreno social y político.

Nuestra fe cristiana nos exige una fidelidad sin condiciones al Evangelio de Jesucristo, pero también una lealtad al hombre con el que vivimos. Por eso, la misma situación preocupante de los hombres y de la sociedad actuales urgen, aún más si cabe, al empeño apostólico del seglar cristiano, ya que es a los seglares a quienes principalmente corresponde, como obligación propia, el instaurar el orden temporal y el actuar directamente y de forma concreta en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana (AA, 7). Estas palabras del Concilio Vaticano II recuerdan, una vez más, que la vida pública está reclamando la presencia de los principios cristianos para que sean como levadura en la masa.

Uno de nuestros pecados puede ser el de la debilidad y el encogimiento para eludir el valiente y honroso, pero difícil compromiso de dar ante los hombres testimonio de Jesucristo. Tenemos que huir de la arrogancia y del orgullo, pero también de la cobardía, del ocultamiento de la propia fe, de la negación práctica y del desprecio a Cristo, con la duda sobre la eficacia del Evangelio para transformar al mundo, o con el alejamiento de la Iglesia.

Junto a la debilidad puede estar el abstencionismo y la no-participación. Esconder los talentos y dejar que se vayan olvidando los valores que Dios puso en las manos de cada uno para que pudieran fructificar en beneficio de todos. No participar en la vida y en la acción de la Iglesia, equivale a renunciar por anticipado a la esperanza de un tiempo nuevo.

Esta llamada que hacemos ahora a nuestros seglares, no nace tanto de un deseo de aunar energías ante la necesidad apostólica urgente, ni mucho menos procede de un inexistente subterfugio para eludir responsabilidades y trabajo a los pastores, a los sacerdotes. Es invitación y recuerdo de un deber de corresponsabilidad, y del reconocimiento de un derecho de participar en la vida de la Iglesia.

Por otra parte, en un tiempo como el nuestro, de evidente crecimiento del secularismo, hemos de recordar insistentemente la necesidad de un testimonio confesante del cristiano seglar en medio del mundo.

En la documentación preparada como instrumento de trabajo para la décima Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, hay dos ideas que merecen nuestra atención: el puesto de los laicos en la Iglesia y su participación en la misión redentora (91-94). "Un laicado adulto bien formado no solo doctrinalmente, sino también eclesialmente, es esencial para el ministerio de la evangelización (...) Se pide una mayor confianza de parte de los obispos y de los presbíteros en los laicos, que frecuentemente no se sienten apreciados como adultos en la fe y quisieran sentirse más partícipes en la vida y en los proyectos diocesanos, especialmente en el campo de la evangelización" (ib.). (94).

Se ha insistido mucho sobre la importancia y responsabilidad de los laicos en la actividad de la Iglesia. Su participación en el anuncio de la fe aparece en todas las épocas de la historia de la Iglesia. Incluso, algunas Iglesias han tenido su origen gracias a ellos. "Todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio –sacerdotal, profético y real– de Jesucristo. Ellos, por consiguiente,

tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo. Además, dada su propia índole secular, tienen la vocación específica de buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" (Redemptoris missio 71).

### **Multiforme variedad**

Como una familia numerosa, variada, universal, metida en las realidades concretas de este mundo, iluminada y dirigida por el amor y la fuerza del Espíritu Santo, así aparece la Iglesia. Hombres y mujeres de toda raza y nación han sido llamados. Cada uno aporta su diferencia y recibe dones y favores distintos. Son los carismas, las fuerzas y la gracia que se necesita para llevar a cabo una misión en favor de toda la comunidad, de todos los hombres y mujeres que forman la gran familia de Dios.

Con frecuencia, los cristianos seculares evitan el testimonio. Unas veces por prejuicios sociales; otras, por avergonzamiento de aparecer como miembros de la Iglesia de Jesucristo; los más, por miedo a tener que asumir los compromisos que acarrea necesariamente una conducta explícitamente cristiana.

Ningún cristiano puede eludir su responsabilidad de ser apóstol. Ahora bien, es imposible que uno sea buen apóstol si antes no acepta el ser evangelizado, dejarse llenar del amor de Cristo, celebrar la fe en la comunidad cristiana, vivir y practicar la caridad fraterna, recibir la formación adecuada y recibir de la Iglesia la misión, el encargo de evangelizar.

Como las funciones a desempeñar son distintas, también las responsabilidades que se asumen, es lógico que haya formas distintas, no sólo de actuar, sino de estar comprometidos en la Iglesia con una misión determinada y concreta. Hay seculares que asumen cometidos tan específicos como el de ser profesor de religión, catequista, dirigente de asociaciones, responsable de un grupo de caridad, de liturgia, de oración, de apostolado... Todos son fieles seculares. Cada uno distinto en esta variedad de carismas y ministerios que hay en una sola Iglesia.



## **Identidad laical**

Llegados a este punto, podríamos hacer un perfil del cristiano laico con sus propias señales de identidad seglar. Entre los rasgos fundamentales que distingue su vida y su función en la Iglesia, destacaríamos los siguientes:

- Pertenencia al pueblo de Dios por elección de Dios en el bautismo.
- Como cristiano, participa en el sacerdocio común de todos los bautizados.
- Está llamado a la santidad de vida. Se siente acompañado en todo momento por el Espíritu Santo.
- Es testigo e instrumento de la misión de la Iglesia.
- Alimenta su vida cristiana con la palabra de Dios y los sacramentos.
- Es testigo fiel de Cristo en medio de la sociedad.

La identidad del cristiano seglar viene, pues definida por el bautismo que ha recibido y por su situación en medio de una sociedad concreta. No puede ni separar ni prescindir de cada una de estas dos realidades. Pertenece a la Iglesia y vive como cristiano auténtico en medio de la ciudad secular. Y en un momento concreto de la historia, que, para los cristianos es siempre tiempo de Dios.

## **2.2. VIDA Y ESPIRITUALIDAD DEL SEGLAR CRISTIANO**

El Catecismo de la Iglesia Católica dice: "Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios... A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor" (898).

Es decir, que no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia de pleno derecho y, por tanto, participan de su misión.

## **Con el testimonio de la propia vida**

El testimonio de la propia vida cristiana, es el primero y más eficaz de los apostolados, pues está recordando, de una forma explícita, la identificación con el Espíritu y la obra de Cristo. Un testimonio activo que es consecuencia de mirar el mundo con los criterios de Cristo.

Con el Espíritu Santo, que habían recibido el día de Pentecostés, emprendieron una nueva vida y una nueva tarea, no sólo los doce apóstoles, sino todos los discípulos del Resucitado, la comunidad cristiana, la Iglesia. A cada uno había llegado la gracia del Espíritu; cada cual tenía su don y su carisma, más todo lo que el Espíritu había dado era en beneficio de la Iglesia y de todo el pueblo redimido.

Servidores somos, por tanto, de los proyectos que Dios tiene sobre el mundo. Para poder realizar esa misión se nos ha dado el Espíritu, y la Iglesia nos envía para “decir” a todos los hombres y mujeres lo que hemos visto y oído y ofrecer aquello que tenemos, que nos es otra cosa que la fe en Jesucristo, el Evangelio.

Ir al mundo sin mirar a Dios antes, es tanto como confundir el camino desde el comienzo, perder el horizonte y privar a los hombres que viven en ese mundo, al que se pretende salvar, de un valor y de un derecho que les pertenece: conocer a Cristo y vivir según su Evangelio.

Querer acercarse a Dios y olvidarse del mundo y de los hombres es intento vano y presuntuoso, pues el que quiera amar a Dios tiene que buscar y servir a su hermano. Tendremos, pues, que acoger la realidad de este mundo, de esta sociedad concreta y actual, y hacerlo con un sentido de gran esperanza, convencidos que los hombres y mujeres, creados por Dios, tienen sobrada capacidad para poder recibir el Evangelio. Lo nuestro es sembrar. Lo de Dios, recoger el fruto de los merecimientos de su hijo Jesús.

Si el Espíritu ha dado gracia y don, es para anunciar el Evangelio. Algunos han recibido también el carisma de la secularidad. Es decir, el ser testigos del Señor como seglares y entre la realidades temporales de este mundo.

## Espiritualidad laical

De una manera genérica, podemos decir que la espiritualidad es el modo de seguir a Jesucristo, de estar identificados con él, de hacer presente Evangelio en la vida. Siempre Cristo es el modelo y el centro. Pero, junto a Cristo estuvieron los apóstoles y los discípulos, las gentes que le acompañaban y seguían su doctrina, los que lo abandonaron todo para estar a su lado y los que continuaban en sus tareas, pero siendo fieles a la enseñanza de Jesús.

La espiritualidad seglar podría enmarcarse dentro de unas líneas que decidirían su "personalidad espiritual":

- Primacía de Dios en todo. Hacer de la propia vida un culto permanente a Dios, honrándolo con el ejemplo la palabra. ¡Que vean vuestras buenas obras y alaben la bondad de Dios!

- Encuentro con Dios en todas las cosas. Si el seglar vive en el mundo, allí ha de encontrar la huella de Dios en cuanto de justo y bueno hacen los hombres. No se aleja del mundo sino que vive en él y allí busca la presencia de Dios.

- Conocimiento de Cristo y deseo de imitarle. Es la santidad personal, identificación con Cristo. Una comunión viva y personal con el Señor.

- Docilidad al Espíritu. Solo poniéndose a disposición del Espíritu se puede vivir con fidelidad el Evangelio. El apóstol seglar, por tanto, debe ser consciente de que su primera vocación y llamada es a la santidad. Como dice Juan Pablo II: "la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa el vivo rostro de Cristo (...) En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial" (Novo millennio ineunte 7, 31). Esta docilidad al Espíritu es garantía de la auténtica libertad cristiana.

– Santificación del mundo. Muy lejos de cualquier espiritualismo evasivo, el Espíritu conduce al desierto este mundo, pero para santificarlo. "Hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. (...) La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquél que nos da la vida, y la vida en plenitud" (Benedicto XVI, Homilía inicio pontificado 24-4-05)

– Asumir el Evangelio como levadura eficaz. El mundo se santificará, pero desde dentro. Actuar evangélicamente, como fermento que transforma y libera la masa de las ataduras del mal y del pecado.

– El apostolado como pasión. Es decir, como entrega incondicional a la obra salvadora de Jesucristo. No se trata de una acción simplemente social, sino de llenar los ambientes e impregnar todas las realidades con la savia y la fuerza del Evangelio. Anunciar el Reino de Dios y ordenarlo todo según el Espíritu de Jesucristo.

– Un claro testimonio de catolicidad, es decir de sentido eclesial, de pertenencia a la Iglesia de Jesucristo. Participación en la acción evangelizadora de una manera directa, inmediata bajo la orientación y la guía del ministerio pastoral del Papa, de los obispos y en la Iglesia local.

– Armonía y coherencia entre la responsabilidad social y la fe cristiana. El seglar "edifica el mundo según el Espíritu de Jesús: hace capaces de mirar más allá de la historia, sin alejarse de ella; de cultivar un amor apasionado por Dios, sin apartar la mirada de los hermanos, a quienes más bien se logra mirar como los ve el Señor y amar como Él los ama (...) Los fieles laicos deben fortalecer su vida espiritual y moral, madurando las capacidades

requeridas por el cumplimiento de sus deberes sociales. La profundización de las motivaciones interiores de adquisición de un estilo adecuado al compromiso en el campo social y político, son fruto de un empeño dinámico y permanente de formación, y dado sobre todo a armonizar la vida, en su totalidad, y la fe. En la experiencia del creyente, en efecto, no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida espiritual, con sus valores exigencias; y por otra, la denominada vida secular, es decir la vida de familia, de trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura (...) La síntesis entre fe y vida requiere un camino regulado sabiamente por los elementos que caracterizan el itinerario cristiano: a la adhesión a la palabra de Dios; la celebración litúrgica del misterio cristiano; la oración personal; la experiencia eclesial auténtica, enriquecida por el particular servicio formativo de prudentes guías espirituales; el ejercicio de las virtudes sociales y el perseverante compromiso de formación cultural y profesional” (Compendio de la doctrina social de la Iglesia, 545-546).

– La oración, como experiencia de Dios y relación permanente con Cristo, será condición indispensable para el apóstol seglar, que habla a Dios del mundo y tiene que hablar al mundo de Dios.

– Estrecha vinculación diocesana y parroquial. Es el ámbito propio de la vida y de la misión. Aquí es donde se nutre y celebra la fe, donde se reciben las orientaciones del magisterio y el envío para evangelizar en los diversos y variados campos que necesitan ser iluminados con la presencia de Jesucristo.

La fe del creyente ya no puede refugiarse en el ámbito de lo privado. El que cree en Dios y en Jesucristo, llevará ese convencimiento interior al ámbito propio de la vocación del laico que es el mundo, allí es donde debe actuar como fermento, con su peculiaridad secular. Encarnándose en lo temporal y participando en las actividades sociales, pero sin olvidar, en momento alguno, la vivencia del misterio en el que cree y que trata de vivir con su encarnación en el mundo. No se trata de conquistar el mundo, sino servir al mundo con criterios evangélicos.

## **Personalidad apostólica**

El seglar cristiano lleva siempre consigo una motivación radical e imprescindible: el Evangelio de Jesucristo. Lo cual no quiere decir que no existan otras nobles motivaciones, pero siempre vividas y reforzadas desde la fe. Tiene sus señas propias de identidad, unos rasgos definitorios que lo distinguen. En primer lugar, se trata de una vocación. Es decir, sentirse llamado, desde el Evangelio y la fe en Jesucristo, a servir a quien necesite ayuda. Sus motivaciones, por tanto, no son meramente culturales o sociales, sino incuestionablemente evangélicas. El seglar cristiano es un testigo del Evangelio, un seguidor de Jesucristo. No es un mero cooperador social, sino un verdadero agente pastoral que ofrece, con su comportamiento de servicio a los demás, la bondad de Dios manifestada en Jesucristo.

Es condición inexcusable la fidelidad al Evangelio. También hay una exigencia de fidelidad a los signos de los tiempos, a las realidades culturales, sociales y temporales, a lo cambiante, siempre estando atentos para ver lo que Dios quiere decirnos en cada momento por las situaciones en que se encuentran los hombres. El apóstol, en este caso seglar, ha de ser un verdadero profeta en medio de sus hermanos. Ahora bien, solamente puede ser profeta del Reino de Dios el que escucha a Dios. Pues no se trata de anunciarse a sí mismo o a una determinada ideología, sino a Jesucristo, el único enviado del Padre.

El apóstol seglar se define, no por unas notas de pertenencia a una determinada asociación, sino por el interés en participar en la obra evangelizadora de la Iglesia y bajo la dirección inmediata de los pastores. Por tanto, la fe y acciones de la Iglesia –Palabra, sacramentos, caridad– configuran la personalidad apostólica del seglar.

El seglar cristiano, lleva consigo el convencimiento de la fe y la urgencia de llevarla a todos los ámbitos sociales en los que viven los hombres. Misión propia del apóstol seglar es la de saber descubrir, con la iluminación del Evangelio, todo el valor que Dios ha puesto en el hombre y en todas esas realidades humanas.

La personalidad apostólica seglar tendría estas características:

- Incuestionable coherencia y unidad entre la confesión práctica y personal de la fe y el testimonio público, el anuncio del mensaje de Jesucristo y el compromiso en la edificación del Reino de Dios en el mundo.
- Abierta y positiva disponibilidad para la participación en el ministerio apostólico y pastoral de la Iglesia.
- Compromiso seglar, asumiendo como algo propio e ineludible la responsabilidad apostólica y misionera de la Iglesia.
- Perfecta comunión con el magisterio del Papa y el ministerio pastoral del Obispo, no como algo impuesto desde un imperativo de obediencia, sino como libre y gozosa respuesta al compromiso eclesial del bautismo.
- Disposición positiva, exenta de prejuicios y condicionantes de otros tiempos, para asumir la novedad apostólica y emprender una necesaria etapa de formación inicial.
- Sentido de Iglesia, con la ilusión de participar en la vida y en la misión de una comunidad universal, que vive en la historia de este mundo concreto y en la esperanza de la realización definitiva del Reino de Dios.
- Saber dar “razones para vivir y para esperar” con las obras, pero también con las palabras. Lo cual exige una seria formación cristiana. Y con la fuerza de la esperanza, que radica en la confianza en los valores más genuinos del hombre: capacidad para el bien y libertad para llevarlo a cabo, y sobre todo en la presencia providente de Dios.

Característica y sobre todo un valor tan importante como imprescindible del apostolado seglar es la secularidad. Una vivencia profunda de las consecuencias dimanantes de la fe en el misterio de la encarnación del Verbo: asumir la realidad temporal y llenarla de Dios. Es encarnarse, no sólo en una realidad sociológica de presencia en

medio del mundo, sino acercarse al mundo para salvarlo. El Verbo se hizo carne, para salvar al hombre.

Ante el desencanto, el ofrecimiento de un retorno a lo que puede llenar las mejores aspiraciones del hombre; ante la agnosticismo práctico que no cree porque no busca, el encuentro con unos testigos existenciales, y inmediatos, fascinantes. Contra el subjetivismo alienante, la objetividad del bien, el valor de la comunidad con capacidad de encontrar caminos que liberan y salvan al hombre. Contra la comodidad y el hedonismo materialista, la fuerza del Espíritu y de la gracia que empuja al hombre hacia el encuentro con los más altos y nobles ideales.

El crecimiento del hombre como persona y como cristiano, implica la formación de una conciencia moral y de una responsabilidad social, pues la madurez personal y la "edad adulta en Cristo" no pueden realizarse sin una dimensión social, abierta a la relación con los demás, y sin una comunidad en la que se vive y se celebre la fe y el amor fraterno.

La responsabilidad social del cristiano nace de la caridad que, asumiendo y superando los límites de una estricta justicia, es más exigente en el compromiso de unión en Cristo con todos los hombres, y el esfuerzo, consecuente responsable, de construir una sociedad en la que el manifiesto y el programa sea la fidelidad al Evangelio.

Es incuestionable una concepción cristiana del mundo y del hombre, el respeto a la libertad personal, la infatigable capacidad creativa para dar la respuesta adecuada, la fidelidad a la vocación peculiar de cada uno, la responsabilidad para captar la situación los problemas de los hombres, el amor práctico a una Iglesia que mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro, y que quiere llevar el Evangelio al mundo actual y hacer que resplandezca la luz de Cristo, no la propia luz. Hay que adentrarse en el mar de la historia y echar las redes. Colaborar con el auténtico desarrollo social, respetuoso de la dignidad del ser humano. Sacar del desierto de la pobreza, de la pérdida de la dignidad humana, de la oscuridad de Dios. Una Iglesia que no puede claudicar de su fe ante un mundo que parece exigir el tener que adaptarse obligatoriamente a unas estructuras y a unas categorías



de pensamiento extrañas a la misma dignidad de la persona. La Iglesia está en el mundo para evangelizar y que, por eso mismo, debe conocer y sentir como propios los problemas, las angustias y las aspiraciones individuales y sociales de los hombres (Cf. Benedicto XVI. Homilía en el inicio del pontificado).

## **Participación activa y eclesial**

Como una obligación y como un buen y eficaz deseo. Así es la participación seglar en la vida y misión de la Iglesia. Y con un imprescindible elemento vocacional: ¡He sido llamado por Jesucristo a trabajar en su Casa! El cristiano se siente interpelado por la situación de necesidad, por la coherencia con sus ideas, con la motivación religiosa que anima su vida. Pero, al mismo tiempo, advierte no poca resistencia personal ante un compromiso de larga duración. Se prefiere la experiencia temporal, el probar, el no arriesgarse demasiado.

Una participación verdaderamente activa es algo más que la simple colaboración en una campaña, con una implicación puntual reducida a un determinado programa. También hay que advertir que la participación en la vida de la Iglesia es incompatible con ese extraño acratismo que no quiere dejar de estar, pero huye de cualquier vinculación institucional, de creencias, de motivaciones religiosas.

Hay que comenzar por valorar la participación como una señal de pertenencia. El que no interviene, el que no colabora, no existe como miembro de la comunidad. Sería, en todo caso, un individuo parásito. También es necesaria la transparencia en las posturas sociales, políticas, religiosas. Bien definidas, sin ambigüedades, ni contradicciones entre convencimientos y conducta, entre la fe y la vida.

Será imprescindible la formación de una conciencia responsable y coherente con el compromiso cristiano de la fe. Y ese testimonio solidario y crítico que ayude a formar una personalidad justa, participativa y solidaria. "Los propios laicos han de tomar conciencia de la gloria y de la cruz de la dignidad derivada del bautismo por el que son hechos hijos de Dios, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, y han de asumir el compromiso de participar en la vida y misión de la Iglesia como miembros corresponsables según su peculiar dimensión

secular. Participación en la triple función "profética", "sacerdotal" y "real" de la comunidad. (...) Como Iglesia en el mundo de la secularidad -familia, escuela, trabajo, descanso, medios de comunicación, política, marginación social... - han de confesar la fe y denunciar las injusticias; ofrecerse a sí mismos y su actividad; servir al Reino de Dios promoviendo la dignidad de la persona, la justicia, la verdad, la paz, la solidaridad con los pobres... (CLIM 30-31).

### **Una formación adecuada**

Si hemos hablado de la espiritualidad y de la participación, bien comprendemos que no se puede vivir como auténtico apóstol cristiano, ni esperar un compromiso durable, sin una adecuada formación. No se trata de cansar con conceptos teóricos sino de configurar la personalidad cristiana. De conocer la propia fe y sus exigencias, de adentrarse en los caminos de la oración, de ir creciendo en la caridad y en el ardor evangelizador.

También habrá que pertrecharse con un sólido entusiasmo evangelizador, que será siempre distintivo del apóstol seglar. El que ha conocido a Dios tiene que hablar de Dios. El que está cerca de Jesucristo quiere poner esa levadura liberadora del amor de Cristo en todas las realidades humanas.

En actitud misionera que lleva, por una parte, a la fidelidad al mensaje que Jesucristo ha puesto en sus manos y, por otra, a salir de la propia casa, de la parroquia, para llegar a todas las situaciones en las que se encuentran los hombres y las mujeres de este mundo. Una veces será el testimonio, otras la palabra, siempre la confianza en el Señor que envía. No se trata de imponer nada sino de ofrecer lo que se tiene. Ni empeño en reducir a los demás a las propias opiniones, ni incordiante proselitismo. Ofrecemos lo que hemos recibido: el Evangelio, con todas sus exigencias y con todas sus esperanzas. No se trata de que vengan a nosotros, sino de que todos entren en el reinado de Dios.

### **Como seglar y en la Iglesia**

Qué modelo de seglar es el que necesitamos en la Iglesia y en el mundo? Un hombre que inspire su vida en el Evangelio, y que en él encuentre la fuente constante de formación de criterios, de evaluación para su propio comportamiento. En el Evangelio conocido y aceptado en la tradición de la Iglesia y leído en comunión y fidelidad al magisterio de

la Iglesia. Un hombre que escucha y responde a la palabra revelada de Dios, que participa en la liturgia y celebra los misterios de la fe en una comunidad eclesial, que acepta la cruz de Cristo llevada en la penitencia personal y en la celebración del sacramento, que vive coherentemente entre la fe y el comportamiento, que sirve a los pobres (Cf. Testigos de Dios Vivo, 30).

Esta disposición de vida personal y de entrega apostólica, no puede reducirse a un servicio intraeclesial, sino que ha de trascender al ámbito de propio grupo, de la propia asociación, para salir a evangelizar y llevar la forma de vida de Jesús a todos los ambientes y transformar la misma sociedad con la fuerza del Evangelio.

Un hombre, en fin, que hable un lenguaje, de palabras y de comportamientos, comprensible e inequívoco, que no deje lugar a la duda, sino que refleje fielmente la identificación con la vida y el mensaje de Jesucristo.

Confiamos en el seglar cristiano, no por un falso espiritualismo, sino por el convencimiento de que la gracia del Espíritu, que ha recibido en el bautismo, operará en él de forma eficaz.

## **2. 3. COMPROMISO APOSTÓLICO**

Respecto a la participación de los seglares en la misión de la Iglesia, el Catecismo del Iglesia católica dice lo siguiente: "Cristo realiza su función profética no sólo a través de la jerarquía, sino también por medio de los laicos. El los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra. Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente" (904). "Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra. En los laicos, esta evangelización adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo: Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida; el verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes como a los fieles" (905).

Juan Pablo II afirmaba que "la iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa

es un elemento normal de la vida de la Iglesia: Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia" (Pío XII, discurso 20 Febrero 1946; citado por Juan Pablo II, CL 9).

En resumen, la misión evangelizadora de los laicos tiene como fundamento el haber sido elegidos para ser testigos de la fe en el mundo, y hacerlo con obras y con palabras, y siempre como miembros activos de la Iglesia.

### **Misión ardua y liberadora**

Si ha sido elegido en el bautismo y enviado al mundo, el apóstol seglar no puede refugiarse en el reducido y cálido cenáculo del propio grupo, tampoco en la sacristía de la evasión y del olvido, ya que fuera le están esperando los hombres y las mujeres necesitados de Dios. Tendrá que tomar la luz de Cristo y salir a la calle. El trabajo a realizar está bien definido: sembrar en todos los ambientes el buen grano del Evangelio. Del crecimiento de la planta y de los frutos se ocupará Dios.

Misión admirable y entusiasmante es la de ser testigos del amor de Cristo. Pero ardua, comprometida, difícil. Ya lo había advertido el Señor: Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros (...) Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán (Jn. 15, 18,20).

No hace falta decir que resulta imposible sembrar donde no hay tierra. En muchas ocasiones, es tanto el deterioro a que ha llegado la misma dignidad de la persona, por el materialismo, la pobreza, la injusticia, la degradación moral y social, que la evangelización debe correr paralela al trabajo en favor de cualquier causa justa que promueva la liberación integral, completa, del hombre. "El sentido de la fe percibe toda la profundidad de la liberación realizada por el Redentor. Cristo

nos ha liberado del más radical de los males, el pecado y el poder de la muerte, para devolvernos la auténtica libertad y para mostrarnos su camino. Este ha sido trazado por el mandamiento supremo, que es el mandamiento del amor” (Libertad cristiana y liberación 99).

## **Enviados por la Iglesia**

Muchas son las cuestiones y los interrogantes que se presentan al evangelizador, al apóstol, al seglar comprometido con el Evangelio. ¿Se puede hablar de Dios en un mundo tan materializado? ¿Se puede ofrecer la Iglesia como espacio para encontrarse con una verdadera comunidad fraterna? ¿El Evangelio será capaz de superar la indiferencia de la sociedad? ¿El llamamiento a evangelizar puede romper la apatía de los cristianos a ser testigos de Jesucristo en medio del mundo?

Juan Pablo II, en su encuentro con los jóvenes (3-5-03) daba la contestación a esa dudas alentando a no tener miedo a ver en “Cristo la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino”. El Papa había recordado la necesidad de unir la acción y la contemplación, de ser artífices de la paz, de responder a la violencia con el poder fascinante del amor y el perdón: “Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen. “Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo”.

Pero también Juan Pablo II recordaba la obligación de ser apóstoles y de que los laicos tenían un papel de protagonistas en el compromiso con la nueva evangelización. Siguiendo este mensaje de Juan Pablo II podemos abrir unas líneas de reflexión y de empuje apostólico para nuestras asociaciones, movimientos apostólicos, comunidades eclesiales y, en definitiva, para el apostolado seglar:

- Recuperación de una verdadera identidad cristiana y de un inconfundible y valiente testimonio del compromiso personal y comunitario con Cristo. No podemos continuar siendo ciudadanos anónimos en los que poco cuentan los valores del Evangelio.
- Vivir un consciente sentido de pertenencia a la Iglesia, como hombres y mujeres llamados por Cristo y alimentados por su

palabra y sus sacramentos. Cambiar la obsesión de la credibilidad, la aceptación y reconocimiento social de la Iglesia, por la de una verdadera comunión en Cristo y de fidelidad a lo que de él hemos aprendido.

– Sentirse verdaderos testigos, no de las propias ideas, sino de Jesucristo y de lo que él propone como camino hacia el verdadero encuentro con uno mismo y con un mundo nuevo que encuentra su mejor expresión y programa de trabajo en las bienaventuranzas.

– Asumir la oración, la interioridad, el encuentro personal con Dios como tarea imprescindible. Con las palabras de Juan Pablo II: “El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma... Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”.

La fidelidad y disponibilidad al magisterio de la Iglesia como condición indispensable para la fecundidad y eficacia del apostolado. Solamente de esta manera se garantizará el carácter de eclesialidad seglar. No puede ser buen apóstol el que no sabe ser buen discípulo en la escuela del magisterio de la Iglesia.

No cabe duda que el testimonio, personal y colectivo, es la gran fuerza para que el apostolado, el compromiso de anunciar y vivir el Evangelio, sea creíble y arrastre a los demás a seguir a Jesucristo. Ahora bien, no basta el testimonio. Tiene que haber una referencia explícita a Jesucristo. El apóstol es el enviado, no para hablar de sí mismo sino de Jesucristo y del Evangelio. Consecuencia de todo ello será un interés permanente por difundir la fe. No solo como una obligación de creyente, sino como un acto de bien en favor del prójimo. El que ha conocido la verdad, vive feliz en ella, ha encontrado la perla preciosa de la salvación y no puede menos, por caridad fraterna, que compartirla con los demás. El apostolado es un acto ineludible de caridad fraterna.

Los apóstoles, con María, la Madre de Jesús, reciben el Espíritu Santo y se hacen testigos del Evangelio en el mundo. Es la fuerza del nuevo Espíritu quien hace también hombres nuevos a los apóstoles. Es la novedad de la Buena Noticia que anuncian y de la que dan testimonio. No tenemos otro modelo para nuestra acción evangelizadora que la promesa cumplida del mandamiento de Jesucristo: id por todo el mundo y anunciad el Evangelio. El Espíritu Santo estará siempre con los discípulos, con la Iglesia.

El Catecismo de la Iglesia Católica subraya que “los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta sana, consagran el mundo mismo a Dios” (901).

Todos los miembros de la Iglesia tienen el deber de evangelizar: “La participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia no puede comprenderse adecuadamente si no se sitúa en el contexto de la Iglesia “misterio de comunión”. Comunión con Cristo: “Ya no vivo yo, vive en mí Cristo” (Gal 2-20). Comunión con el ministerio apostólico: Jesús instituyó a los Doce “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). (CLIM 19).

#### **2.4. LA COMUNIÓN EN LA IGLESIA**

La finalidad del apostolado seglar está suficientemente definida: se trata de hacer un mundo conforme al Evangelio. Si deseamos la transformación de la sociedad, necesitaremos de la comunión, de la unidad: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21).

Como dice el CLIM: “Lo que la Iglesia anuncia y por lo que vive -la plena comunión de los hombres entre sí y con Dios-, se hace realidad

en la Iglesia comunidad que escucha la Palabra, parte el pan e invoca a Dios como Padre y es solidaria con los pobres. Por eso la transformación del mundo y la humanidad nueva se inician en la comunidad eclesial. Por eso hacer comunión es hacer misión" (23).

### **Comunión eclesial**

El intercambio de dones, culturales y espirituales, no sólo es camino para el enriquecimiento mutuo, sino valoración y reconocimiento de la identidad y misión de cada uno, siempre unidos en la sólida comunión de la única Iglesia. Nada se pierde de la propia y más genuina identidad. El seglar, ofreciendo el valor de su propia secularidad a la comunión de la Iglesia, se reafirma en su propia vocación laical.

No olvidar que el apostolado seglar está plenamente identificado con la acción evangelizadora seglar de la Iglesia, por tanto la vinculación a la parroquia, a la diócesis, es una de las señas incuestionables de identidad de cualquier acción, de cualquier programa. El apostolado seglar no tiene, estrictamente hablando, programas pastorales propios, sino que asume los de la parroquia, los de la diócesis, los de la Iglesia. Programas en los que ciertamente han de participar los seglares, tanto en el momento de la planificación como en la ejecución los mismos.

La comunión ha sido considerado como uno de los conceptos más importantes y sobre los que más se ha reflexionado en la iglesia conciliar y postconciliar. La comunión, koinonia, suele entenderse preferentemente como participación, sentimiento y unidad y misión común. Es una forma de ser, de estar y de actuar. El sentido más íntimo y profundo es el de la participación, por la gracia, en la misma vida divina. En la unión con Cristo y con aquellos que han sido llamados a la salvación por la obra redentora del mismo Señor.

¿Qué significa la compleja palabra "comunión"? Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta comunión tiene lugar en la palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión en la Iglesia. La Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana. La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (ChL 19).



En la Novo millennio ineunte leemos: “la comunión (koinonía), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. Es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de todos nosotros un solo corazón y una sola alma. Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano” (NMI 42).

Nada más lejos de la profundidad teológica del concepto que reducir la comunión a una visión técnica de organización, uniformidad, corporativismo, una sociedad de tareas, asociación con unos determinados objetivos, asamblea, incluso de simple comunidad.

Carisma, vocaciones y ministerios diversos, pero complementados en una misión evangelizadora corresponsable y participativa. Cada uno de los miembros de la Iglesia ofrece y recibe de los dones que el Espíritu da a la Iglesia.

Entendemos, pues, por comunión eclesial la inserción en el cuerpo místico de Cristo y la relación-participación en la vida de la Iglesia. Es también la catolicidad como relación entre la Iglesia local y la Iglesia universal.

## **Un solo Espíritu**

Dentro de esa necesaria unidad de todos en Cristo, la comunión eclesial puede manifestarse de formas distintas. Así, hay una comunión eclesial de consenso, que es aplicación de la subsidiaridad y de la corresponsabilidad en la común y única misión de la Iglesia. Operativa, como diálogo que tiene su fundamento en la confianza en el otro, sin dejar uno de ser lo que es para el otro lo acepte. Pastoral: de servicio y colaboración en unas acciones evangelizadoras.

La comunión canónica sería la aplicación de la normativa del Código de derecho canónico: “Se encuentran en plena comunión con la Iglesia católica, en esta tierra, los bautizados que se unen a Cristo dentro de la estructura visible de aquella, es decir, por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del régimen eclesiástico” (c. 205). “Los fieles están obligados a observar siempre la comunión con la Iglesia, incluso en su modo de obrar” (c. 209).

La comunión jerárquica dice relación con los carismas y ministerios, que hay que ordenar para utilidad de toda la Iglesia. La jerarquía los reconoce, los ordena, los protege... Siempre la comunión eclesial se realiza teniendo en cuenta la doctrina de los apóstoles, la fracción del pan y las oración. Es la intercomunicación espiritual de vida entre los miembros que va más allá de la solidaridad. Sentire cum Ecclesia, que es unidad con los pastores. Lealtad en la investigación teológica, en la enseñanza, en los medios de comunicación social. Es la comunión de corazones, no sólo de ideas, sino de la común experiencia de Dios, encuentro permanente con Jesucristo. La Iglesia, toda ella, es una gran comunidad de los discípulos del Señor. Es el Espíritu el que constituye la Iglesia como una comunión orgánica en diversidad de vocaciones carismas y ministerios. Es, por tanto, evangélica, según el espíritu de las bienaventuranzas.

### **Miembros activos de la Iglesia**

Se comprende fácilmente que "los seculares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles" (Catecismo... 910).

La Iglesia, como pueblo y comunidad formada por los que quieren seguir fielmente a Jesucristo, es variada y diversa, tanto en la propia identidad individual de las persona que la componen, como por la pluralidad de dones que se reciben del Espíritu Santo y por los cometidos y las acciones de Evangelio que hay que realizar. Son diversos los dones y variadas las presencias. Pero cada cristiano, como persona, con todas y cada una de las características individuales y sociales que esa realidad comporta, está atento a lo que Dios ha manifestado en Jesucristo, se une a la comunidad cristiana para escuchar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos, vive en la fe de la Iglesia y en consecuencia con lo que cree y que trata de llevar, en testimonio y doctrina, a su ambiente familiar, social, laboral...

En esa Iglesia, y con dones y ministerios distintos, aparecen sacerdotes, consagrados y seculares. Cada uno con su vocación específica, con sus responsabilidades y cometidos. Todos formando la misma y

única Iglesia. Por su número, por su presencia, por la necesidad que de ellos tiene la Iglesia, los seglares tiene una particular importancia en la acción evangelizadora de esta Iglesia.

Esa importancia seglar no es, en forma alguna, como una benigna concesión de la jerarquía y delegación de responsabilidades, sino la respuesta del seglar a su mismo compromiso de vivir como miembro activo de la Iglesia. Ese protagonismo seglar, sin embargo, en nada entorpece ni limita el ministerio pastoral jerárquico, sino que es uno de sus mejores apoyos, pues contribuye a una participación más responsable, más unida y diferenciada, en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Por otra parte, la iniciativa seglar no significa disgregación o segregacionismo, sino una relación directa y corresponsable con el ministerio pastoral del obispo. Es en esa corresponsabilidad donde ha de aparecer, con signos claros e inequívocos, la comunión eclesial, no como simple realidad teórica, sino como una comunidad unida en el único Espíritu y participando en la misma finalidad apostólica de evangelización y santificación.

“Tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarla a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres y la reverencia hacia los Pastores, habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas” (Catecismo 907).

### **Caminos de reconciliación**

Motivo de sufrimiento es el desafecto eclesial de algunos seglares y la reticencia de algunos obispos acerca de la eclesialidad del apostolado seglar. Obligación, de unos y de otros, es la corrección fraterna y la denuncia profética. Quizás el camino de la solución esté en saber cambiar, no sólo las palabras, sino las actitudes, y asegurarse de que lo primero sea lo fraterno y sólo después la corrección. Y de la misma manera, primero lo auténticamente profético, y solamente después la denuncia.

Ante la indiferencia recíproca, aceptarse como cristianos y actuar en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo. Habrá que hacer, por tanto un trabajo de reconciliación con la propia identidad. Lejos de toda fatalidad, del nihilismo destructivo, de la desgana posmoderna. Ayudar a reconocer la propia vocación. No con afecto egoísta, sino como valor de generosidad al servicio de los demás. Convencimiento del valor y de las posibilidades del carisma y del ministerio.

Habrá que vivir con sentido de corresponsabilidad. La comunión como tarea y la unidad como meta. El amor a Dios y a los hombres envuelve la propia vida en la existencia compartida en el mismo amor que se nos ha dado en Jesucristo, y reconciliar al hombre con la Iglesia. Es la obra de Cristo. La comunidad de los creyentes presidida y servida por Pedro. En ella está el Evangelio y los sacramentos.

No ahogar el Espíritu, sucumbiendo ante el alud de cavilaciones, dudas, ambigüedades, esperando el día perfecto de una sociedad imposible. Dejarse llevar por el Espíritu de Dios es gustar la libertad presente en el conocimiento de que, más allá de cualquier duda, está la bondad de Dios como garantía para encontrar la verdad. Trabajo de reconciliación en la esperanza. Profeta y testigo de la esperanza ha de ser el cristiano, pues tiene que dar, ante el mundo, un testimonio creíble. La esperanza hace salir al hombre del propio yo y le abre a una gratuidad total. Aparece como don de Dios y así se ofrece. Ha sido enviado al mundo igual que Jesucristo: para mostrar el verdadero rostro de Dios. Es Jesucristo quien le envía para que de testimonio de Él y para que resplandezca en palabras y obras, pues el testigo da fe en nombre de quien lo envía y es, al mismo tiempo y en sí mismo, modelo de una forma de vida, de un mensaje de salvación.

### **Sacerdotes y diáconos**

La exhortación Christifideles laici lo expresa con la máxima claridad: "para asegurar y acrecentar la comunión en la Iglesia, y concretamente en el ámbito de los distintos y complementarios ministerios, los pastores deben reconocer que su ministerio está radicalmente ordenado al

servicio de todo el Pueblo de Dios (cf. Hb 5, 1); y los fieles laicos han de reconocer, a su vez que el sacerdocio ministerial es enteramente necesario para su vida y para su participación en la misión de la Iglesia” (ChL 22).

En la relación del sacerdote con los seculares, y particularmente con el apostolado laico asociado, ha quedado patente el mutuo apoyo que unos y otros se han prestado. El sacerdote recibe continuamente un estímulo para su vocación ministerial, al verse tan necesario en la vida y acción de los seculares.

Los laicos, por su parte, comprenden enseguida, la importancia del ministerio ordenado, como ayuda imprescindible para recibir la santificación por la palabra de Dios y los sacramentos.

Al mismo tiempo que ha disminuido el número de los sacerdotes, hay cada vez más deseo de que no falte nunca el sacerdote junto al apostolado secular. Es cierto que los seculares quieren asumir sus propias responsabilidades, pero nunca pueden reemplazar al sacerdote en lo que es el propio ministerio consagrado. No es problema de sustitución del sacerdote, sino de distinguir mejor los cometidos y responsabilidades evangelizadora y pastorales. Y, de una manera particular, en lo que atañe a la formación y al acompañamiento espiritual de los laicos.

Con la instauración del diaconado permanente, había comenzado una nueva etapa en el servicio ministerial de la Iglesia. Numerosos fieles acudían a los obispos solicitando la gracia de poder servir como diáconos al pueblo de Dios, en la liturgia de la palabra y de la caridad, así como en otros ministerios propios de este oficio.

Son muchas las necesidades pastorales de nuestra diócesis, el diácono permanente va a encontrar un amplio espacio para el desempeño de su ministerio, pero ha de ser siempre fiel a la vocación y al envío que la Iglesia reconoce y ofrece. Todo y siempre para el bien de la Iglesia, pero cada uno con el carisma del ministerio que ha recibido.

El Diácono es el sirviente por definición, y por eso también la característica fundamental de su ejercicio ministerial. A cualquier cristiano le corresponde esta obligación de servir en la caridad y el

amor fraterno, pero el diácono lo hace dentro de un orden sacramental. Todos hemos sido llamados, pero a algunos, en este caso a los diáconos, el Señor, por medio de los apóstoles, les ha elegido y enviado con unas gracias y ministerio que no pertenecen a la acción común de los fieles.

El diácono es el fiel que ha recibido un particular ministerio eclesial y que le pone junto al obispo y al presbítero para servir a la comunidad en la palabra y en el amor fraterno. No es un puesto nuevo, sino ir más adelante en la responsabilidad cristiana de la identificación con Cristo.

No puede haber, en forma alguna, confrontación entre laicos, diáconos y sacerdotes, sino una complementariedad de servicios y ministerios. Cada uno ha recibido de Dios unos carismas y unas funciones que realizar. Siempre para bien de la Iglesia y para que pueda cumplir mejor su función evangelizadora.

## **2.5.DELEGACIÓN DIOCESANA DE APOSTOLADO SEGLAR**

La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar de Sevilla como servicio de pastoral de la Curia, se inserta dentro de la unidad de acción Pastoral Misionera, tiene como fin ayudar a promover y ordenar el apostolado específico de los seglares en toda la comunidad diocesana.

La Delegación es, por tanto:

- Un medio al servicio de la acción pastoral de la diócesis en lo que se refiere al apostolado de los laicos.
- Cauce para el fomento y la promoción de la acción evangelizadora de los laicos.
- Ámbito para la inserción en la Iglesia particular de las asociaciones, movimientos e iniciativas y experiencias de apostolado seglar.
- Instrumento para promover la comunión, la colaboración y la coordinación de todas las asociaciones, movimientos e instituciones de carácter laical.
- Puente de comunicación y diálogo de los laicos asociados y no asociados con la diócesis y punto de referencia con la sociedad.

## **Finalidad y objetivos**

Los fines generales de la Delegación son:

- Fomentar la unidad entre la fe y la vida; la fe y la moral en el apostolado –individual y asociado– de los laicos.
- La animación y promoción de la acción evangelizadora de los laicos en el mundo, atendiendo especialmente a los campos hoy más necesarios, como son: la familia, la mujer, la cultura, el trabajo, los medios de comunicación, la política, etc.
- El fomento de la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en el mundo.
- La formación integral –humana, espiritual, doctrinal y apostólica– de los laicos, atendiendo especialmente todas aquellas líneas de estudio y formación que sean de interés laical.
- La inserción en la diócesis y en sus proyectos y planes pastorales de las asociaciones y movimientos laicales.
- La comunión, coordinación y colaboración de todas las asociaciones, movimientos e instituciones de carácter laical, su promoción y acompañamiento.
- La comunicación y el diálogo de todas estas realidades con la diócesis y la sociedad.

## **Definición de las tareas permanentes**

La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar:

Ayuda al Arzobispo en la acción pastoral. Como servicio pastoral la Delegación Diocesana de Apostolado Seglar, tiene como misión ayudar al Arzobispo en el estudio, animación, promoción y coordinación de la acción pastoral y evangelizadora, representándolo ante el apostolado seglar y el laicado en general. Por ello, ha de ser puente que establezca los contactos adecuados y que ayude al encuentro del Pastor que preside la Comunidad diocesana con el apostolado de los seglares y a los seglares con su Pastor. Sirviendo de órgano consultor para las cuestiones planteadas por el Arzobispo u otros organismos diocesanos respecto al laicado asociado o individual de la diócesis.

Discernimiento de las asociaciones y movimientos laicales. La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar ayuda al Arzobispo a

realizar el discernimiento de cada una de las asociaciones y movimientos, teniendo en cuenta los criterios señalados en los documentos de la Iglesia relativos al apostolado de los laicos.

Impulsar el sentido de pertenencia de los mismos a la diócesis, el Plan Pastoral Diocesano. La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar cuidará especialmente de que las asociaciones y movimientos laicales vivan la pertenencia a la Iglesia particular y, como consecuencia, la sintonía y la colaboración en la realización corresponsable del Plan Pastoral de la Diócesis, de manera que todas las asociaciones y movimientos implantados en la diócesis, al igual que todo el apostolado seglar organizado desde las parroquias, arciprestazgos y vicarías de zona, traten de responder, desde su propia identidad, a las orientaciones y prioridades marcadas por el Plan Diocesano de Pastoral y sus respectivas Líneas para cada año. Toda asociación y movimiento encuadrado en la Diócesis ha de sentirse miembro activo, tanto afectiva como efectivamente, en la ejecución del Plan Diocesano de Pastoral.

Promoción y acompañamiento de las asociaciones y movimientos laicales. La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar, ayuda al acompañamiento de los distintos movimientos, asociaciones laicales en su caminar. La cercanía, el diálogo continuo, la presencia en sus actos significativos, la disponibilidad y la ayuda fraterna crean un clima de apoyo, de sintonía y de comprensión que favorece grandemente la colaboración de todos.

Impulsar la formación integral y permanente del laicado y su presencia en los ambientes y la sociedad. En colaboración con las instituciones formativas existente u otras que se pudieran promover por la diócesis, la Delegación cuidará e impulsará la formación integral y permanente de los seglares desde un proyecto marco común, en todas sus dimensiones: humana, espiritual, doctrinal y apostólica, y su presencia en los diversos ambientes pastorales.

Cuidar de la formación de los consiliarios. En colaboración con la Delegación del Clero y de la Vicaría de Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, y ante la necesidad de una preparación para realizar un acompañamiento idóneo a los movimientos y asociaciones



de laicos, la Delegación impulsará programas y medios para atender esta dimensión en el marco de la formación permanente del clero y en colaboración con los propios Institutos, asociaciones y movimientos laicales.

### **Relación con otros organismos de la Curia Diocesana**

En el espíritu de la pastoral de conjunto indica por el Plan Pastoral Diocesano, la Delegación mantendrá una relación y colaboración constantes con las demás Delegaciones y organismos, de acuerdo con las normas y criterios establecidos en la Curia diocesana. Y especialmente con los que directamente tienen relación con algunos de los ámbitos en los que se articulan los Servicios de Pastoral de la Archidiócesis.

Así, en el ámbito de la formación integral, es oportuna una relación fluida con la Delegación de Catequesis, la Delegación de Liturgia y Ejercicios Espirituales, la Delegación de Enseñanza y muy especialmente la Delegación de Pastoral Universitaria.

En relación con la acción misionera, se tendrá una estrecha colaboración con la Delegación de Pastoral Juvenil, la Delegación de Orientación Social y la Delegación de Pastoral Familiar.

La pastoral sectorial también será objeto de interés y se trabajará coordinadamente con la Delegación de Pastoral Obrera, la Delegación de Pastoral de Migración y muy especialmente con la Delegación de Hermandades y Cofradías.

Relación con las Vicarías y Arciprestazgos. El trabajo de la Delegación se realizará contando con las programaciones de los Arciprestazgos y Vicarías y a su servicio. Para ello es necesario que los Vicarios comuniquen a la Delegación dichas programaciones y la Delegación se lo haga llegar a través del Vicario General y Moderador de la Curia. A su vez las Vicarías, al elaborar sus programaciones han de incluir los aspectos que se refieren al apostolado seglar. La buena coordinación de arciprestes, vicarios y delegado, todos en fidelidad al Plan Pastoral Diocesano, es la clave para que las iniciativas de la Delegación sean verdaderos servicios a toda la diócesis.

## **Establecer prioridades**

Se prestará una especial atención a cuanto afecta a:

- El testimonio cristiano y la dimensión pública de la fe, en el conjunto del laicado y de nuestras asociaciones. La urgencia de un nuevo empeño evangelizador viene siendo una constante de los últimos años, en las diferentes orientaciones pastorales de nuestra diócesis para así, animar a los movimientos y asociaciones eclesiales, a buscar nuevas maneras de incidencia en la sociedad impulsando y potenciando asociaciones civiles y de participación ciudadana, como cauce de libertad, de acción solidaria y de sensibilización de los derechos individuales de las personas y de las familias.
  
- Impulsar la estructuración y la coordinación del laicado no organizado: ayudar a los laicos a que tengan una visión más amplia de la realidad diocesana que la de su propia parroquia, asociación o movimiento fomentando cauces que posibiliten el descubrimiento de la formación teológica y de las implicaciones sociales de la fe. Colaborar con los seglares e iniciar una tarea conjunta de los grupos de acción parroquial que ayude a avanzar en su coordinación, para que valoren el encuentro y el intercambio con otros grupos, movimientos y asociaciones y que vayan descubriendo la necesidad de un organización diocesana como fruto de la comunión misionera y de la eficacia apostólica en toda la diócesis. Ofrecer a los grupos parroquiales una formación sistemática, orientada al conocimiento y la profundización de su identidad eclesial y a que adquieran conciencia de la una nueva evangelización en toda la sociedad. Aprovechar las visitas pastorales del Arzobispo, para que se de a conocer a los seglares de las parroquias la realidad del apostolado seglar a nivel diocesano.

Se puede decir que el Delegado diocesano de apostolado seglar, tiene como primera función, la de sensibilizar y llamar a los laicos para que asuman su incuestionable participación en la vida de la Iglesia y su acción evangelizadora.

### **III**

## **EL APOSTOLADO ASOCIADO**

En razón de la multiformidad de los carismas y de no pocas razones culturales, son muchos los movimientos asociativos seculares que han existido y existen en la Iglesia. Algunos tienen ya una larga historia. Otros acaban de nacer. Muchos son los grupos, comunidades, asociaciones, equipos, movimientos, agrupaciones de todo tipo que, dentro de la Iglesia, realizan una labor apostólica. Todos son dignos de reconocimiento, de estima y de aliento.

Aunque cada uno, individualmente deba ser un apóstol, sin embargo, es necesario el apostolado asociado, no solo para ganar en eficacia, sino para garantizar mejor su condición eclesial, es decir, que no se actúa de forma individualista, sino en nombre y con el apoyo de la comunidad cristiana, que es donde se recibe la formación necesaria, el imprescindible acompañamiento y, sobre todo, la autenticidad del envío en nombre de Jesucristo.

“Como todos los fieles—dice el Catecismo—, los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del bautismo y de la confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia (900).

### **3.1. ASOCIACIONISMO APOSTÓLICO LAICAL**

En estos últimos años, el fenómeno asociativo laical se ha caracterizado por un particular variedad y dinamismo. La asociación de los fieles ha sido una constante en la historia de la Iglesia. Ya en el Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales de 1998, el entonces

Cardenal Joseph Ratzinger, lo resaltó con una intervención sobre los movimientos eclesiales y su lugar teológico, situó a estos movimientos como continuidad de otros movimientos apostólicos que se han dado a lo largo de la historia de la Iglesia.

En nuestros días, han experimentado un singular impulso y han nacido y se difunden nuevas asociaciones, grupos, comunidades, movimientos. "Podemos hablar de una nueva época asociativa de los fieles laicos. En efecto, junto al asociacionismo tradicional, y a veces desde sus mismas raíces, han germinado movimientos y asociaciones nuevas, con fisonomías y finalidades específicas. Estas asociaciones de laicos se presentan a menudo muy diferenciadas unas de otras en diversos aspectos, como en su configuración externa, en los caminos y métodos educativos y en los campos operativos" (ChL 29).

Esta variedad, muy lejos de ser motivo para la disgregación, y mucho menos para la confrontación o para la indiferencia, tiene que ser camino para el enriquecimiento recíproco y la comunión eclesial, y para ganar eficacia evangelizadora. No puede haber enfrentamiento, sino complementariedad; no indiferencia, sino una positiva colaboración y apoyo.

### **Comunidad de comunidades y de movimientos**

Para realizar tan buena, y no poco ardua tarea como es la de evangelizar, habrá que comenzar por ver la condición desde la que partimos, que no es otra que la de bautizados y miembros de la Iglesia. Más en concreto, la realidad seglar de la misma parroquia a la que se pertenece.

En la parroquia hay movimientos eclesiales y nuevas comunidades eclesiales, siempre dentro de la única realidad parroquial. No nos empeñemos en vivir unos días que han pasado, ni querer ignorar lo que dice el Espíritu y lo que nos hace ver alrededor. Si en otro tiempo se hablaba de la parroquia como comunidad de comunidades, hoy tenemos que decir que se trata de una "comunidad de comunidades y de movimientos" (Ecclesia in America 41). En la parroquia no podemos ignorar, mucho menos marginar conscientemente a asociación ni movimiento apostólico alguno. Por otro lado, ningún grupo puede pretender apropiarse la santidad, ni el apostolado, que son patrimonio y obligación de toda la comunidad.

Todos han sido llamados. Es un derecho individual, y una obligación, el ser testigo de Cristo en medio del mundo. Sin embargo, es imprescindible el apostolado seglar asociado. Los grupos, las asociaciones, las nuevas comunidades, los movimientos eclesiales pueden ser diversos y cada uno con una dimensión y finalidad concreta dentro de Iglesia. Siempre habrá que tener en cuenta que nuestra unidad no es meramente sociológica, sino trinitaria. Así lo dijo Jesús: "Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo (...) Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17, 18-21). Dentro de toda esa variedad y distinción, el apostolado seglar asume plenamente los proyectos concretos de la Iglesia. No hay otro cometido, ni otros planes pastorales que los que tiene la misma Iglesia.

### **La eclesialidad como criterio fundamental**

Sea cual fuere el estilo de la asociación, movimiento o comunidad, siempre hay unos elementos comunes incuestionables e imprescindibles para todos: testimonio de la buena noticia de la salvación en Jesucristo, ayudar a la conversión personal y colectiva de los hombres, anuncio explícito de la vida y doctrina de Jesucristo, catequesis y vida sacramental, llenar el mundo con los valores del Evangelio.

Son muchas las gracias que concede el Espíritu y, también, abundantes y variadas las necesidades de los hombres. Los campos extensos y desiguales. Todo lo cual indica la necesidad que tiene la Iglesia de una pluralidad de asociaciones cristianas en las que miembros distintos, pero guiados por el mismo y único Espíritu, se esfuercen en una acción evangelizadora para el bien común. Variedad de comunidades que no es pluralismo disgregador, ni pretexto para lo competitivo o el proselitismo obsesionado por el número de adeptos, sino gracia del Espíritu por la que se refleja mejor la unidad en lo diverso y ayuda al bien de toda la comunidad. La comunión con la iglesia, inseparablemente universal y particular, será el criterio de discernimiento para valorar el grado eclesial de una asociación, de una comunidad cristiana.

Las asociaciones de culto y caridad, como son nuestras Hermandades y Cofradías, aunque como tales asociaciones tengan

sus fines específicos, deben integrarse con sus miembros en las tareas pastorales de la diócesis a través de su organización territorial, Vicarías, Arciprestazgos y principalmente en las Parroquias, sin olvidar que son siempre asociaciones cristianas, con ineludibles compromisos de fe y de caridad, y considerar como actividad apostólica general, no sólo la que se desarrolla en el interior de sus asociaciones, sino en todas las circunstancias de su realidad social y proyección pública.

En el momento actual de la vida de la Iglesia, han recobrado especial importancia y responsabilidad los movimientos apostólicos seculares. Nada puede emprenderse en la Iglesia, sin comenzar por la fidelidad íntegra al Evangelio de Jesucristo y sin una lealtad incuestionable al hombre concreto. Los movimientos apostólicos no pueden olvidar, sin desvirtuar su finalidad específica, un acción continuada en el mundo. Y es a través de esa acción evangelizadora, conscientemente programada, como se va educando en la fe los miembros del movimiento apostólico. No es que sean dos etapas sucesivas, sino es la inseparabilidad de acción y de fe que lleva a los movimientos apostólicos, a interesarse por los asuntos del ambiente donde viven y quieren desarrollar y emprender aquellas acciones que necesitan los hombres, para poder vivir dignamente según la verdad del Evangelio.

Los sacerdotes deben atender a la vocación y a las iniciativas propias de los seculares. Prestar atención al secular, tanto individualmente como en sus asociaciones; ayudarles a encontrar los cauces apostólicos más oportunos, para que puedan realizar la misión que tienen en la Iglesia como seculares, y reconocer de buen grado, el derecho que les asiste como bautizados a participar en la vida y misión de la Iglesia.

La presencia en nuestra Iglesia de tantos movimientos apostólicos, de comunidades diversas, de numerosas y variadas asociaciones seculares, tiene que llevarnos a la confianza de que, en medio de una sociedad secularizada, el hombre puede seguir encontrando a Dios y vivir en justicia y caridad fraterna con sus hermanos.

Un tema de particular importancia es la de la relación entre los nuevos movimientos y comunidades eclesiales y aquellas asociaciones con una larga historia de presencia de Iglesia, que ha sostenido en muchos casos la participación del laico en la misma durante décadas, y en algunos casos siglos, como sería el de las llamadas Órdenes Terceras

vinculados a la vida consagrada, o más recientemente, la Adoración Nocturna, Acción Católica, Cursillos de Cristiandad, entre otros.

Se proponen a continuación algunos criterios para el discernimiento y la construcción de una comunión estable, que sin duda, contribuirá a fortalecer la unidad eclesial y la eficacia evangelizadora. Es necesario, para todo ello, un asociacionismo abierto e integrador que tenga como centro la Iglesia local y por tanto que:

- Conozca como se articula la Iglesia local, como se organiza, cuales son sus objetivos y planes.
- Ofrece recíprocamente información sobre la vida y actividades de los movimientos y comunidades.
- Eduque en una identidad comunitaria y eclesial adulta que lleve a un compromiso con la Iglesia celebrativo, moral y apostólico. Sin agobios, planificando y actuando.
- Asume como propia, complementada con carismas específicos, la misión evangelizadora en la Iglesia local, Vicarías, Arciprestazgos, Parroquias.
- Refuerce en todos la llamada a la santidad. Que ayude a impulsar una vida plena con una fe viva.
- Fortalezca la formación integral de sus miembros. Nuevos medios de formación con métodos contrastados.
- Estimule el compromiso social de los cristianos. Hay que hacerse presente en el entorno social en el que se vive, así también se hace Iglesia.
- Potencie una presencia pública cristiana identificada e identificable. El testimonio sereno y desapercibido cala, la presencia debe de partir de nuestro propio compromiso vital.
- Suscite, con especial interés, la incorporación de los cristianos laicos no asociados en la vida de la comunidad eclesial.
- Realice un esfuerzo por buscar ámbitos de diálogo y comunión con los cristianos bautizados no practicantes, y muy especialmente, con aquellos que están alejados o se muestran indiferentes frente a Cristo y/o su Iglesia.

Sobre todo, habrá que tener en cuenta los criterios que ofrece San Pablo: "Siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por

vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo" (Flp 2, 3).

## **Un derecho y una responsabilidad**

Los fieles, no sólo tiene libertad para asociarse, sino que es un derecho propio, y no una benévola concesión de la autoridad. "Las asociaciones no se establecen para sí mismas, sino que deben servir a la misión que la Iglesia tiene que realizar en el mundo; su fuerza apostólica depende de la conformidad con los fines de la Iglesia y del testimonio cristiano y espíritu evangélico de cada uno de sus miembros y de toda la asociación" (AA 19).

Y el Código de derecho canónico: "Los fieles tienen la facultad de fundar y dirigir libremente asociaciones para fines de caridad o piedad o para fomentar la vocación cristiana en el mundo; y también a reunirse para conseguir en común esos mismos fines" (c. 215).

Benedicto XVI convocaba a todos las asociaciones eclesiales, movimientos laicales y nuevas comunidades en el pasado Pentecostés en Roma, rememorando el encuentro convocado por Juan Pablo II en 1998. Así él nos decía en relación al apostolado asociado en la Iglesia "el Espíritu Santo se sirve de las asociaciones y comunidades para despertar la fe en el corazón de tantos cristianos y para hacer que descubran la vocación que han recibido en el bautismo, ayudándoles a ser testigos de esperanza" y en otro momento nos dice "Jesús no se contenta con salir a nuestro encuentro. Quiere más. Quiere unificación...uniéndonos así con Él y con el Padre, con el Dios uno y trino".

Así mismo nos recuerda que "el Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad. Cuanto más da uno su vida por los demás, por el bien mismo, tanto más abundantemente fluye el río de la vida. Libertad y responsabilidad van juntas. La verdadera libertad se demuestra en la responsabilidad, en un modo de actuar que asume las corresponsabilidad con respecto al mundo, con respecto a sí mismos y con respecto a los demás. El Espíritu Santo nos enseña a



mirar al mundo, a los demás y a nosotros mismos con los ojos de Dios”, hace aquí un programa de vida para el laico hoy.

Mas tarde en relación al surgimiento de los carismas en la Iglesia subrayando que sus tres dones son inseparables “ el Espíritu Santo, al dar vida y libertad, da también unidad. Son tres dones inseparables entre si. A Nicodemo que, buscando la verdad, va de noche con sus preguntas , Jesús le dice:“El Espíritu sopla donde quiere” (Jn 3,8). Pero la voluntad del Espíritu no es arbitraria. Por eso no sopla por cualquier parte; su soplo no nos dispersa, sino que nos reúne, porque la verdad une y el amor une”. En relación a Cristo nos dice que somos su Cuerpo y que el Espíritu sopla donde quiere, ya que “ su voluntad es la unidad hecha cuerpo, la unidad que encuentra el mundo y lo transforma. En Él la multiplicidad y la unidad van juntas. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo. No nos evita el esfuerzo de aprender el modo de relacionarnos mutuamente”, haciendo aquí un claro mensaje a la unidad en la diversidad de carismas y realidades eclesiales.

Hace también un llamamiento a la vocación laical, al laico, ya que el que ha “encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida –el único auténtico tesoro, la perla preciosa– corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, sin ninguna presunción, sin desalentarse. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda.” palabras de vida llenas de amor por el mundo.

Y finaliza subrayando una realidad que nos consuela y nos llena de optimismo y alegría hacia el futuro “a veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una programación atenta y de su sucesiva aplicación inteligente a través de un compromiso concreto. Ciertamente el Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier otra respuesta se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia”. Recalcando finalmente que “la pluralidad se hace unidad y la unidad no rompe ni disminuye la pluralidad”.

### **3.2. UNA NUEVA FORMA PARA LA PARTICIPACIÓN DE LOS SEGLARES EN EL MINISTERIO APOSTÓLICO Y PASTORAL**

Tradicionalmente y sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado la participación de los seglares en el ministerio apostólico y pastoral se artículo a través de la Acción Católica. Ya el P. Congar en su obra, "Jalones para una teología del laicado", indicaba que la Acción Católica alumbrada por Pío XI incorpora nuevos rasgos en relación al laicado, en primer lugar su naturaleza apostólica, por otro lado el carácter generalizado de la llamada, por tanto, dirigido a todos los laicos, y el llamado "deber laico" como respuesta al compromiso cristiano en el mundo. Sin embargo, habría que esperar a Pío XII que ya no habla de participación, sino de cooperación, y va más allá, de la colaboración de los laicos en la pastoral del obispo y los sacerdotes. No habla de colaborar con la jerarquía sino de llevar entre todos la misión apostólica de la Iglesia, cada uno desde su puesto, tomando iniciativas y asumiendo la legítima autonomía que les confiere el bautismo. Así abre el camino de la cooperación y de la colaboración de los laicos en una misión que está confiada por Cristo a todo el cuerpo eclesial y no solamente a la jerarquía.

#### **La Acción Católica, una realidad eclesial**

Con la aprobación, por parte de la Conferencia Episcopal de las "Bases generales de la Acción Católica Española", comenzó un tiempo nuevo para esta realidad eclesial. Sin embargo, este renovado impulso se ha encontrado con unas estructuras orgánicas muchas veces sujetas a realidades complejas, con escasa presencia y que en muchos casos les cuesta adaptarse a nuevas formas de funcionamiento, a nuevos estilos, a la presencia de una amplia red de movimientos laicales y nuevas comunidades que a impulsos del Espíritu Santo han surgido en los últimos cuarenta años.

Por ello, cuando hablamos de impulsar con nuevo estilo esta forma de apostolado que coopera directamente con el obispo, y sus colaboradores, surgen por doquier recelos, ya que se tiene la idea de que se pretende reinstaurar un modelo, para muchos ya terminado.

Así, animamos a que la Acción Católica siga su camino. Reconociendo el papel que las mujeres de Acción Católica y los movimientos especializados, como la Hermandad Obrera de Acción Católica, han estado desarrollando ininterrumpidamente en la vida de nuestra Iglesia diocesana. La Acción Católica debe reflexionar sobre su realidad y proyectarse al futuro con un renovado ímpetu apostólico. Seguiremos animando al Consejo Diocesano de Acción Católica para que contribuya a coordinar los diversos movimientos a él incorporados y los ayude a plantear el futuro desde la confianza y el optimismo.

Sin duda, la Acción Católica debe de seguir con sus esfuerzos por responder "a los desafíos de la nueva sociedad, con coherencia con la "Notas" que la definen, las orientaciones del magisterio y las demandas de nuestras comunidades". Por todo ello, Juan Pablo II la calificó como una "singular forma de ministerialidad eclesial" (Conferencia Episcopal Española, Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo).

### **La apuesta por un apostolado asociado vinculado a la Iglesia local**

Como quiera que la realidad pastoral en nuestra diócesis nos mueve a abrir horizontes y a allanar el camino para establecer nuevas líneas de acción, queremos impulsar en todas las parroquias un apostolado asociado vinculado a la cooperación con el Obispo y sus colaboradores los sacerdotes, abierto y sin formulas impuestas, libertad para que cada uno escoja su modelo y su camino, pero procurando todos la necesaria unidad eclesial.

Estos grupos laicales de ámbito parroquial, estos laicos en acción, que queremos impulsar en todas las parroquias, deber articularse como auténticos instrumentos de apostolado para la Iglesia y para el mundo. A ello se supeditarán todas las pastorales sectoriales que serán siempre complementarias. Estos grupos de los cuales ya existen muchos, poco cohesionados y con dificultades, en muchos casos de continuidad y perseverancia, deberán tender a manifestar su vocación de forma habitual como un "apostolado de los laicos" en las diversas estructuras territoriales y pastorales de la diócesis, de forma estable, generando un movimiento asociativo abierto y vinculado a su lugar apostólico y a su entorno social, profesional, familiar, etc...

A todos los bautizados que no se encuentren vinculados a movimientos o asociaciones laicales se les ha de ofrecer la posibilidad de que en su propia parroquia, o colegio, o cuando pastoralmente se considere oportuno en unidades pastorales superiores, arciprestazgo y vicaría, a través de los medios propios de la diócesis se inicie un itinerario cristiano que ayude a vivir la fe y a comunicarla. Se utilizarán para ello metodologías reconocidas y avaladas que contribuyan a suscitar el interés de una formación continuada, en una comunidad abierta y participativa, según cada uno necesite. Se deberán utilizar también todas las tecnologías que la sociedad de la información pone hoy a nuestro alcance.

Nota esencial de estos grupos laicales será siempre la proximidad a la vida de la parroquia, teniendo siempre como fin apostólico el de la Iglesia diocesana y universal. La disponibilidad al servicio de la parroquia y de las estructuras diocesanas será otra de sus características esenciales, ayudando al Obispo y sus colaboradores en los planes y proyectos pastorales que se propongan como vocación y misión, programas y planes en los cuales han participado, tanto en el momento de la planificación como en la ejecución de los mismos.

La presencia de estos grupos laicales, de estos laicos en acción, que ya son una realidad en algunas de nuestras parroquias, deberá ser, una simiente viva que haga florecer un laicado que cooperando con la jerarquía, ayude desde su vocación a cumplir la misión apostólica de la Iglesia para el mundo de hoy.

### **3.3. MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES**

El Concilio Vaticano II propició la acogida de los nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo, indicando que "en las circunstancias actuales es de todo punto necesario que en la esfera de la acción seglar se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente los fines del apostolado" (AA 18).

La Iglesia universal y la local acogen como una novedad estas realidades del Espíritu ya que unos movimientos "se proponen el fin general apostólico de la Iglesia, otros, buscan de modo particular

los fines de la evangelización y de la santificación; algunas tienden a la inspiración -cristiana del orden temporal; otras dan testimonio de Cristo especialmente en la obras de misericordia y caridad" (AA 19), como se ve cubren todo el quehacer de la Iglesia, ayudándola a realizar su misión.

Estas instituciones eclesiales articuladas como asociaciones, movimientos o nuevas comunidades eclesiales tienen como signo interno una rica vida, articulada y organizada con diligencia, sujeta a unas normas que ayudan a crecer como miembro de la institución y de la Iglesia, su espiritualidad queda muy definida generando ámbitos apostólicos y reforzando la identidad personal y del grupo, dando el movimiento seguridades espirituales e incluso sociales frente a un mundo complejo y pluralista donde prima el individualismo.

En mayo de 1998 se celebraba en Roma un Congreso mundial de los movimientos eclesiales. Juan Pablo II diría que "cada movimiento difiere del otro, pero todos están unidos en la misma comunión y para la misma misión (...) Su nacimiento y difusión han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas" (Discurso 30-5-98)

### **Garantía de autenticidad**

"¿Cómo conservar y garantizar la autenticidad del carisma?, se preguntaba Juan Pablo II. Es fundamental, al respecto, que cada movimiento se someta al discernimiento de la autoridad eclesiástica competente. Por esto, ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia... Ésta es la garantía necesaria de que el camino que recorréis es el correcto" (Discurso 30-5-98).

Si estamos seguros que quien impulsa estas nuevas realidades es el Espíritu Santo es necesario que las valoremos en cuanto estas asuman los criterios eclesiales de discernimientos indicados anteriormente. También será imprescindible el acompañar y ayudar con afecto fraterno

a esos movimientos y comunidades en su integración en el conjunto de la vida y actividades pastorales, formativas y misioneras de la Iglesia local.

Lo que no puede existir es contraposición entre lo institucional y lo carismático. Ambas dimensiones "son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo. Unidas, también, tienden a renovar, según sus modos propios, la autoconciencia de la Iglesia que, en cierto sentido, puede definirse "movimiento", pues es la realización en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre con la fuerza del Espíritu Santo (Mensaje 27-5-98).

En el mensaje que dirigió al II Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades (junio 2006), Benedicto XVI subrayaba la necesidad de llevar la luz de Cristo a todos los ambientes dando testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado. El Papa le agradece la disponibilidad para acoger las iniciativas pastorales del Sucesor de Pedro y las de los obispos de las distintas iglesias locales, que son los custodios de la verdad y de la caridad en la unidad.

### **En la Iglesia local**

El Cardenal Ratzinger en su intervención en el Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales de 1998 subrayaba que los nuevos movimientos no pueden ni deben tener choques con la Iglesia local, pero ve la necesidad de que ambos se purifiquen mutuamente. A las Iglesias locales le pide que no busquen solo la uniformidad de los modos pastorales, ya que cerrando las puertas a estos movimientos, se las cierran también al Espíritu Santo. A los nuevos movimientos les pide que se ofrezcan como don a la Iglesia, sin consideraciones singulares y excluyentes.

Esta cuestión le parece de tal importancia, que ya como Benedicto XVI en su viaje apostólico a Colonia, en el verano de 2005, nos dice que "la Iglesia ha de valorizar estas realidades y al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad, sin competir nunca unas con otras sino respetándose y colaborando juntas

a favor de la única Iglesia, de la única parroquia como Iglesia del lugar” (A los obispos alemanes 21-8-05).

Prosigue indicando que “ esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar y por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esa particularidad, que a muchos les parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia” (Ib.).

Apostando por tanto, por una Iglesia universal sustentada en la Iglesia local en plena comunión con todos los movimientos eclesiales con presencia en la Diócesis, sin que grupo alguno pueda comportarse como si fuera una Iglesia dentro de la Iglesia, al margen de la pastoral diocesana, cuando no rivalizando con ella, incluso haciendo casi imposible la concordia en la parroquia o la unidad de proyectos pastorales en la Diócesis.

Sin duda, la Iglesia local tiene que hacer su propia apuesta por el laicado, pero colaborando tanto con los movimientos laicales como los vinculados a los Institutos de Vida Consagrada. La diócesis tiene que reforzar la coordinación, al menos, de aquellos movimientos que por su importancia y fuerza, puedan ser un motor para la propia Iglesia diocesana. Proponiendo una clara e inteligente pastoral de conjunto, que ayude a todos a conocerse y apreciarse, con el fin de trabajar juntos, cada uno según su carisma, en la única Viña del Señor.

Tenemos que huir de la absolutización de los propios planteamientos espirituales y pastorales, no buscando el exclusivismo y ayudando a crecer en la común unión. Será necesario elevar el horizonte pastoral entre todos y buscar nuevos paradigmas de trabajo apostólico en común en beneficio de la Iglesia local. Hoy no es posible presentar al mundo, a la sociedad que nos rodea un mensaje compartimentado y sin junturas. Nos tenemos que presentar como el verdadero Cuerpo de Cristo.

Subrayar que aunque no faltan pruebas y dificultades en la vida de la Iglesia, estos desafíos formidables sólo se puede afrontar en comunión

con todo el pueblo de Dios, pastores, y fieles. Sin duda, para todo ello, Dios sigue enriqueciendo con carismas nuevos a su Iglesia gracias a la creatividad y generosidad de su Espíritu.

La parroquia es la estructura eclesial más adecuada para el apostolado comunitario, pues en ella se dan cita los diversos grupos y asociaciones. "Acostúmbrense los laicos a trabajar en la parroquia íntimamente unidos con sus sacerdotes, a presentar a la comunidad de la Iglesia sus propios problemas y los del mundo, así como aquellas cuestiones que se refieran a la salvación de los hombres, para, aportando las diversas opiniones, examinarlos y resolverlos; y a colaborar, según sus posibilidades, en todas las iniciativas apostólicas y misioneras de su familia eclesial" (AA 10).

Es necesario también un continuo contacto de los pastores con las diversas comunidades de apostolado que actúan en el ámbito de la parroquia. Tampoco se puede olvidar la necesidad de colaboración entre las comunidades mismas. Nunca debe haber rivalidades entre ellas; al contrario, debe existir entre ellas una cooperación mutua y cordial para afrontar las tareas apostólicas. Especialmente los líderes de esos grupos deben tener presente que, actuando sobre el terreno y en una comunidad parroquial, están llamados a realizar un programa de pastoral común, bajo la dirección de los pastores responsables. (Benedicto XVI, a los Obispos polacos 17-11-05)

En el encuentro con los Movimientos y Comunidades (3-6-06), Benedicto XVI recordaría la necesidad de hacer partícipes los demás del propio carisma, con libertad y responsabilidad. Igual que la creación está a disposición del hombre, éste no solo debe abusar de la creación, sino cuidarla. Igual los movimientos y comunidades en la Iglesia: tienen que llevar su propia vida a la vida del pueblo de Dios, porque "toda la Iglesia es un único y gran movimiento, animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa a toda la Iglesia".

### **3.4. LOS LAICOS Y LA VIDA CONSAGRADA**

También la vida religiosa se ve envuelta en una transformación en este ámbito. Principalmente esta realidad se ha presentado como consecuencia de la colaboración de profesionales o voluntarios laicos



que participan en las obras educativas, sociales, culturales, etc de las Institutos de Vida Consagrada, y que ven con interés el compartir el carisma de la congregación y que no tienen vocación para la vida consagrada. Por todo ello, muchas congregaciones se vienen planteando desde hace años revisar su propio carisma con el fin de incorporar a él a los laicos.

La relación entre la vida consagrada y los laicos se inscribe dentro del necesario intercambio de dones entre los distintos miembros de la Iglesia, así como la llamada común a la santidad y a la evangelización, particularmente ante los retos con los que el tiempo presente desafía la credibilidad evangelizadora de la Iglesia.

Que los laicos participen en los dones recibidos por los consagrados y que la vida consagrada pueda enriquecerse con la presencia de los laicos, es consecuencia de una comunión única en el mismo bautismo. No cabe duda que tendrán que cambiar mentalidades y actitudes en unos y en otros. El punto de convergencia será la misión común a la que son enviados: cumplir el mandamiento nuevo, llevar el Evangelio a todos los hombres y ponerlo en las realidades de este mundo.

### **Intercambio de dones**

En esta colaboración entre consagrados y laicos, son de esperar notables y positivos efectos en orden a la vida y misión de unos y de otros: irradiación activa de una espiritualidad vivida por los institutos de vida consagrada, introducir a los laicos en la experiencia de los consejos evangélicos y de la vida según el espíritu de las bienaventuranzas. Aunar esfuerzos, continuar algunas formas típicas del servicio de los consagrados y que pueden realizarse de manera conjunta.

También los consagrados, en la colaboración con los laicos, pueden descubrir aspectos de su propio carisma vocacional y nuevos elementos para el dinamismo apostólico. Incluso, aquellos miembros de institutos de vida consagrada que participan en "formas específicas de colaboración en iniciativas laicales, particularmente en organismos e instituciones que se ocupan de los marginados y que tienen como finalidad aliviar el sufrimiento humano, pueden hacer brillar la fuerza iluminadora del Evangelio en las situaciones más oscuras de la existencia

humana. Cualquiera que sea la actividad o el ministerio que ejerzan, las personas consagradas recordarán, por tanto, su deber de ser ante todo guías expertas de vida espiritual, y cultivarán en esta perspectiva "el talento más precioso: el espíritu". A su vez, los laicos ofrecerán a las familias religiosas la rica aportación de su secularidad y de su servicio específico. (Vita consecrata 55, 56).

En la mejor tradición de los Institutos de vida consagrada, hay espléndidos capítulos sobre la unión de los laicos en formas diversas de asociación, que van desde las clásicas "terceras órdenes" hasta aquellos miembros asociados que comparten, durante un cierto tiempo, la vida comunitaria y la particular entrega a la contemplación o al apostolado del instituto, siempre que obviamente, no sufra daño alguno la identidad del instituto en su vida interna (Ib. 56).

### **Mutua colaboración**

Las Instituciones de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica sostienen un número importante y muy significativo de centros de iniciativa social con proyecto educativo católico, residencias de mayores, guarderías, residencias de estudiantes, centros sociales y terapéuticos, hospitales, centros de educación especial, comedores asistenciales, etc... Una gran labor social es la que desarrolla la Iglesia a través de estos carismas. Y una gran aportación profesional y material también a nuestra sociedad.

A muchas de estas instituciones se ha vinculado, de una u otra forma, un número significativo de laicas y laicos. Es necesario resaltar que en relación con las nuevas formas de vida consagrada, existe no solo una vinculación espiritual sino también canónica, formando todos parte según su vocación de la misma institución, a través de las denominadas nuevas familias eclesiales.

Colaboración con los laicos en una doble y recíproca dirección: que los consagrados participen con formas específicas en iniciativas laicales y que los mismos seglares estén presentes, y de una manera activa, en la vida y acción apostólica de los institutos de vida consagrada. "No se puede realizar una seria y válida evangelización de los nuevos ámbitos en los que se elabora y trasmite la cultura sin una colaboración activa

con los laicos presentes en ellos" (Ib 98). Tampoco puede haber una significativa participación laical en la vida consagrada sin la adhesión al espíritu de los institutos. Por eso se propone, incluso, el compartir, durante cierto tiempo, la vida comunitaria, la oración y el apostolado de una comunidad consagrada (Ib. 56).

La colaboración entre consagrados y laicos puede incluso, hacer brillar la fuerza iluminadora del Evangelio en las situaciones más oscuras de la existencia humana (Ib. 56). Los consagrados aportarán su experiencia de vida espiritual. Los laicos ofrecerán la rica aportación de su valor de secularidad (Ib 52).

El carisma, la espiritualidad y la misión de un instituto pueden ser compartidos con los laicos, en "continuidad con las experiencias históricas de las diversas Ordenes seculares o Terceras órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado" (Ib. 54).

Diversos son los modelos que existen de organización eclesial en el ámbito de los laicos vinculados con Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. Existiendo, por una lado, macroasociaciones organizadas como redes orantes de grupos y de personas, pequeñas asociaciones ligadas a monasterios y conventos, asociaciones infantil-juveniles de carácter colegial, Hermandades y Cofradías, grandes asociaciones tradicionales de mayores con obras sociales, pequeñas asociaciones religiosas creadas a partir de un voluntariado social, asociaciones grandes. Existen, también, desde siempre las terceras órdenes vinculadas a las grandes congregaciones históricas, ya indicadas, es significativa la presencia y el acompañamiento de miembros de estos Institutos en los llamados nuevos movimientos. La mayoría de las comunidades dedicadas a la educación tienen laicos vinculados, así como las dedicadas a obras asistenciales.

Existe así un laicado identificado con las congregaciones religiosas, con una misión compartida. Por ello, el documento de 2002, "Caminar desde Cristo un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio", de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, subrayó como importante que los carismas de la fundación se abrieran a la participación de los laicos.

Así, constata el documento la necesaria: cooperación apostólica; el florecimiento de nuevas asociaciones laicales y Órdenes terceras en torno a las familias religiosas; la solicitud de algunos laicos a participar en los ideales carismáticos de los Institutos; el nacimiento de nuevas formas institucionales de asociación a las congregaciones. Como novedad se hace una apreciación muy importante "hasta hace bien poco tiempo la colaboración ha venido en términos de suplencia", sin embargo, subraya el documento, ahora la colaboración nace de una motivación distinta, la exigencia de compartir las responsabilidades en la gestión de las obras del Instituto, y sobre todo, se resalta, por la aspiración de vivir aspectos de la espiritualidad y de la misión del Instituto.

### **Compartir el compromiso en la Iglesia local**

En muchos pueblos y ciudades de nuestra diócesis existen en ámbitos parroquiales concretos, centros educativos cuya titularidad le corresponde bien a la diócesis, o en mayor número a congregaciones religiosas o instituciones eclesiales. Estos centros educativos, como así se recoge en sus respectivos idearios, son centros de irradiación apostólica de la propia Iglesia, por ello, es necesario que se encuentren los cauces de comunicación, cooperación y trabajo en común, entre estos y las parroquias. Una parte muy importante de las nuevas generaciones de la propia Iglesia, se encuentran en dichos centros, por eso será necesario trabajar coordinadamente para que la formación religiosa de los niños y jóvenes de esos centros educativos, tenga tres objetivos concretos, el bien de la familia, su incorporación a los cauces de formación permanentes y la búsqueda de lazos estables de cooperación en el ámbito parroquial de cada uno.

Es necesario refundar, y al mismo tiempo potenciar, algunas obras como las Asociaciones de Antiguos Alumnos (AA.AA) de forma que sean matriz de redes apostólicas, sostén de los entornos y cantera para otras obras. Las AA.AA. pueden cumplir así, un triple objetivo: favorecer el agradecimiento de los antiguos alumnos, rememorando lo vivido, que esas experiencias iluminen el camino que cada uno continúa, promover el seguimiento, atención y receptividad a las opciones y palabras que la congregación les hace llegar, y ofrecer el compromiso en redes apostólicas.

En esta línea se debe de ver conveniente potenciar, animar y acompañar a las Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos, AMPAS, que últimamente está siendo objeto de deseo de diversos colectivos sociales y políticos, por ser verdaderos instrumentos de articulación social. Estas instituciones, además de colaborar activamente en la vida del centro, han de ser consideradas como instrumentos apostólicos para la evangelización de cuantos a ellos le están encomendados. Sin duda, tenemos por delante una tarea compleja pero apasionante.

Como ya indiqué en mi carta pastoral sobre la familia, en septiembre de 2005, es el momento de que se revisen los objetivos y los intereses de estas asociaciones laicales, animando a que puedan ser un instrumento eficaz para acercar a nuestra Iglesia a aquellos que aun cuando estando vinculados con nuestras obras, no participan, ni viven, ni se siente corresponsables de las mismas.

Sería una importante e innovadora forma de apostolado laical de carácter transversal que los miembros de los consejos pastorales de las parroquias y grupos parroquiales, que de alguna manera estén vinculados a esta obras, así como, de otras asociaciones laicales, movimientos eclesiales y nuevas comunidades, participaran de forma plena en la gestión, organización y dirección de estos instrumentos pastorales vinculados a obras de Institutos de vida consagrada. Ningún colegio o centro debe de sentirse solo en su tarea apostólica, toda la Iglesia local, con sus capacidades y medios debe contribuir a suscitar el compromiso y la vinculación de aquellos que de una forma u otra, directa o indirectamente se benefician de ello.

Si hablamos de los colegios de titularidad eclesial, será necesario iniciar, o en su caso, continuar un proceso de discernimiento sobre los objetivos apostólicos de los mismos. Será necesario con urgencia implicar primero a los niños y jóvenes en su propia evangelización y al mismo tiempo a sus padres. Debemos de esforzarnos en estos años en reforzar esta tarea, el futuro de muchas de estas obras depende de ello. No debemos esperar a que dentro de unos años nos lamentemos de las posibilidades que el Espíritu Santo nos dio y no supimos aprovechar. Nosotros sabemos de quien nos hemos fiado y hemos comprendido cual es nuestra misión y conocemos el compromiso del Señor y el empeño que tiene de que se cumpla su voluntad.

### **3.5. LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS UNA RIQUEZA PASTORAL Y SINGULAR PARA NUESTRA IGLESIA**

Según nuestros códigos y normas, una Cofradía es una asociación pública de fieles que pretende promover el culto, practicar la caridad cristiana y la evangelización, en particular la de sus propios miembros. Existe, pues, la Cofradía, no tanto para hacer cosas, más o menos admirables y dignas de respeto y hasta de aplauso, sino como un medio para ayudarse a vivir como cristianos, haciendo realidad, en obras y en palabras, el Evangelio de Jesucristo.

En esta carta pastoral se trata, sobre todo, de la participación de los miembros de las Hermandades como activos apóstoles seculares, comprometido en llevar el Evangelio a los diversos ámbitos de la sociedad.

Quizás nuestra realidad en muchos casos nos muestre situaciones difíciles, donde la incomprensión, la falta de vocación eclesial e incluso el interés de unos y otros desdibujan una misión que en nuestra tierra se hace vida, que hasta hoy nos hace vecinos, nos acerca, nos enseña costumbres e imágenes que para muchos, incluso dentro de la propia Iglesia forman parte del pasado.

Nuestras Hermandades y Cofradías, que hunden sus raíces en la historia de la Iglesia, nacidas para manifestar el misterio esplendoroso de nuestra fe de una forma sencilla, para acercar a los alejados la vida que se encierra en nuestra madre la Iglesia, han atravesado a lo largo de los siglos períodos de gloria y de zozobras, pero siempre se han mantenido fieles a su misión y quehacer.

En los últimos años, después del Concilio Vaticano II y aun cuando el nivel de práctica decae, las Hermandades y Cofradías, sobre todo en nuestra diócesis, gozan de un inusitado vigor, manejando medios materiales y humanos como ninguna otra realidad eclesial y social.

Para muchos, esta realidad sociológica y eclesial es objeto de preocupación por su influencia social. Para otros motivo de interés ó de recelo. Para la mayoría se tiene tan asumido que forma parte de su

paisaje religioso, cultural o social. Que las Hermandades y Cofradías están ahí es una realidad, otra cosa muy distinta es analizar cómo están o incluso, todavía más importante, hacia donde evolucionarán en el futuro.

## **Son de Cristo y de la Iglesia**

La Cofradía no puede encerrarse en sí misma, ni mirarse constantemente en el propio espejo. No se pertenece a sí misma. Es de Cristo y habla de Cristo; es de la Iglesia y camina con la Iglesia. Como razón de la venida de Cristo, y como inestimable herencia, hemos recibido la Iglesia, que es la comunidad, la familia, el pueblo que oye y sigue a Jesucristo. Es a la Iglesia a la que el Señor le ha dado el depósito de su palabra, la vida de los sacramentos, el mandamiento de la caridad y la misión de llevarlo y compartirlo con la humanidad entera. La Cofradía es de la Iglesia, por que en ella está y de su vida participa, y camina con la Iglesia, pues en ella ha nacido, y con ella quiere seguir a Cristo.

La Cofradía siente con el pueblo, está unida a él. No sólo no renuncia a la cultura, al modo de hacer, a la vida del pueblo, sino que lo asume y hace que, en todas las expresiones religiosas de la Cofradía, se esté hablando con un lenguaje que el pueblo pueda comprender sin dificultad alguna, y reconocerse en él como algo propio. Tradiciones y costumbres, modos de hacer, sentimientos y emociones, no sólo son compatibles con una fe auténtica, sino que son necesarios para comprender y vivir los misterios religiosos. La fe no destruye lo humano, la cultura, el modo de hacer, sino que da dimensión de trascendencia a todo eso. Fe y cultura no se confunden, pero se ayudan. Por la fe, toma una vida distinta la simple expresión cultural. En lo humano, la fe encuentra buenos caminos para hablar del misterio de Dios. Las Cofradías son del pueblo, están formadas por hombres y mujeres de este mundo, y siente con el pueblo. Es decir, toma de su misma alma y lenguaje para manifestar y hacer comprensible el misterio de Dios.

## **Fidelidad y participación**

Se traicionaría a sí misma la Cofradía si no considerara esta dimensión de fidelidad como algo sustancial en su vida y acciones.

La Cofradía ha nacido con una finalidad religiosa y caritativa; ha sido aprobada por la Iglesia con la garantía de que había de cumplir sus objetivos fundacionales; los miembros de la Cofradía se han afiliado a ella confiados en que se les daría aquello que se les ofrecía. Sería, por tanto, un fraude imperdonable que la Cofradía no asumiera y ofreciera aquello que es la razón de su existencia: una vida cristiana, llena de autenticidad, y que se manifiesta en múltiples acciones culturales propias, y en una eficaz labor caritativa.

Que la Cofradía, en fin, no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos inmediatos. Es una forma de vivir en cristiano, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo.

En nuestra diócesis el peso eclesial de las Hermandades y Cofradías se presume muy alto. La realidad es que el volumen de las mismas más de seiscientas, su implantación territorial, su diversidad y tipología, es una riqueza para nuestra diócesis. Pero, al mismo tiempo, suscita contradicciones y desajustes que en ocasiones hacen sufrir a muchos, pero también son motivo de consuelo y de soporte de fe de una gran parte del Pueblo de Dios.

Esta realidad eclesial ha de ser cuidada con interés por la comunidad diocesana. Esto conllevará, por parte de la propia organización eclesial, la revisión de muchas de sus actitudes para con las Hermandades y Cofradías. Pero a éstas se les ha de pedir un renovado esfuerzo, no solo en el ámbito eclesial, sino también social, como realidad laical en medio del mundo.

En muchas ocasiones se escuchan voces pidiendo mas autonomía para actuar, mas apoyo para realizar unas u otras tareas, sin embargo se hecha de menos un trabajo más cercano a los panes pastorales de al diócesis. Las Hermandades y Cofradías, con sus peculiaridades, como ya se ha indicado, son asociaciones eclesiales, y por lo tanto, un movimiento más de la Iglesia.

Por la singularidad y número en nuestra diócesis, en las últimas décadas, hemos articulado una organización diocesana en un doble sentido, por un lado se creó el Secretariado Diocesano de Hermandades



y Cofradías, hoy, Delegación Diocesana de Hermandades y Cofradías, instrumento de servicio pastoral para la coordinación y animación de estas, por otro lado, se ha dado cobertura jurídica a la federación o agrupación de Hermandades de determinadas ciudades o pueblos de la diócesis, a través de los Consejos de Hermandades o Juntas Superiores de Hermandades. Ambas realidades con pocos años a sus espaldas y en muchos casos con la necesidad de una mayor definición futura de sus tareas.

Es bueno y conveniente que la Hermandades y Cofradías se agrupen con el interés de organizar adecuadamente sus salidas procesionales ordinarias, para fortalecer sus vínculos, para propiciar trabajos comunes. Pero no se debe perder de vista que son cada una de las Hermandades y Cofradías las responsables de su misión. Los órganos de coordinación superior, no son más que unos instrumentos que colaboran en la tarea esencial de la Hermandad y Cofradía. Quizás en un futuro próximo habrá que seguir clarificando toda esta situación y proponer nuevos caminos que preparen esta realidad eclesial para el futuro.

Como un movimiento o asociación laical en la Iglesia, las Hermandades y Cofradías han de estar atentas a la realidad diocesana. En primer lugar, en la parroquia en la que estén, se tenga o no templo propio, han de participar activamente con el resto de los movimientos y realidades parroquiales en la construcción de la comunidad parroquial. Será muy positivo que el director espiritual, como acompañante eclesial, revise periódicamente conjuntamente con el Hermano Mayor y el párroco, en el caso que no sea el mismo, las líneas pastorales en las que se trabaja, su incardinación en la vida parroquial y su presencia social en su entorno.

Las Juntas de Gobierno deben de estar compuestas por personas idóneas y capacitadas para la labor que tienen que realizar, estas serán junto al Hermano Mayor el grupo sobre el que se sostendrá toda la estructura de la Hermandad, por ello, se recomienda a todos los miembros de estas Juntas de Gobierno que hagan lo posible por formarse debidamente para llevar a cabo lo mejor posible su cometido de gobierno en la Hermandad. Asiduamente se han de reunir para compartir la Palabra de Dios y reflexionar sobre la acción de Cristo en sus vidas, su Hermandad y en su entorno social. En las Juntas de

Gobierno la responsabilidad de la formación permanente reside en el Hermano Mayor, este podrá delegar esta función con respecto a la Hermandad pero no sería lógico que lo hiciera en relación con su Junta de Gobierno.

Independientemente y allí donde se considere oportuno, se podrá contar con la asistencia permanente de un laico o laicos que ayuden al crecimiento de la vida de hermandad, a la formación integral y a la incardinación en la realidad social. Sería muy positivo incrementar la relación con los movimientos eclesiales y grupos parroquiales, con el fin de propiciar un mayor conocimiento mutuo y una tarea de conjunto en aras de una mayor comunión eclesial.

Muchos de los problemas de coordinación intraeclesial y las posibles desconexiones entre las diversas pastorales se manifiestan en toda su crudeza en el ámbito de las Hermandades y Cofradías. Para ello será necesario que se conozca por parte de los dirigentes de estas instituciones la organización diocesana, se incardinan no ya en la vida de su parroquia, sino de su arciprestazgo y vicaria, participando en los consejos pastorales y que tengan conocimiento básico sobre el trabajo que desarrollan las distintas delegaciones diocesanas. Ello será el verdadero camino para el recíproco reconocimiento y para lograr una sincera y activa participación en la vida de la Iglesia diocesana.

### **Una realidad en constante transformación**

Una Hermandad no es solo una Cofradía, como ya conocemos, es un instrumento vivo de la Iglesia para una nueva evangelización con odres viejos, pero siempre con un vino nuevo y bueno. Este vino nuevo es la sangre de Cristo que nos llena de vida, nos conforta y nos ayuda a seguir caminando. Donde no exista comunidad no habrá Hermandad y por lo tanto no podrá haber Cofradía.

Salir de si mismas, no significa abandonar una historia, unas raíces, una tradición, antes bien, significa abrirse a nuevos retos, nuevas realidades, nuevas misiones que renovarán y llenarán de vida estructuras y tareas. Muchos opinan que el Concilio Vaticano II paso tímidamente sobre nuestras Hermandades y Cofradías, es verdad que muchos ritos y costumbres necesitan de aggiornamento, no tanto en

las formas, como en el fondo, es verdad, que al igual que la mayoría de nuestro pueblo, los hermanos de estas corporaciones están bautizados pero no evangelizados, es verdad que el potencial eclesial y social es grande, pero también es verdad que si esta viña no se cuida, no se poda, y no se injerta plenamente en la realidad eclesial en la que se ubica, su fruto poco a poco se apagará casi sin darnos cuenta ante nuestros ojos.

Los tiempos que nos tocan por vivir serán apasionantes, veremos muchas cosas nuevas y conoceremos realidades insospechadas, el futuro de nuestras Hermandades y Cofradías, pasa por su incardinación plena a la vida de la Iglesia, la fidelidad a su espíritu fundacional y sobre todo a la capacidad para adaptarse sin sobresaltos a un mundo que cambia y en el que siempre estará presente Cristo. No tenemos que tener miedo, como hubo en tiempos pasados, que algunas languidezcan y desaparezcan con la generaciones que las mantuvieron, el Espíritu Santo, el vivificador seguirá soplando y alentando nuestro genio creador y nos llenará de nuevas Hermandades y Cofradías que ayudarán como lo han hecho hasta ahora a aquellos que se quieran acercar y conocer la Buena Noticia de Jesucristo, muerto y resucitado.

